
GUERRA DEL PELOPONESO.

LIBRO I.

SUMARIO.

- I. Refiere Tucídides que la guerra cuya historia va á narrar, es la mayor de cuantas los Griegos tuvieron dentro y fuera de su patria, y cuenta el origen y progreso de Grecia y las guerras que antes tuvo.—II. Causas y origen de la guerra entre Corintios y Corcirenses. Vencidos los primeros por mar, rehácense para continuar la guerra, y ambos beligerantes envían embajadores á los Atenienses solicitando su alianza.—III. Discurso de los embajadores Corcirenses al Senado de Atenas para pedirle ayuda y socorro.—IV. Discurso y respuesta de los Corintios al de los Corcirenses, pidiendo al Senado de Atenas que prefiera su amistad y alianza á la de los de Corcira.—V. Los Atenienses se alían á los Corcirenses, enviándoles socorro. Batalla naval de dudoso éxito entre Corintios y Corcirenses.—VI. Querellas entre Atenienses y Corintios, por cuya causa se reunieron todos los Peloponenses en Lacedemonia para tratar de la guerra contra los Atenienses.—VII. Discurso y proposición de los Corintios contra los Atenienses, en el Senado de los Lacedemonios.—VIII. Discurso de los embajadores Atenienses en el Senado de los Lacedemonios, defendiendo su causa.—IX. Discurso de Arquidamo, rey de los Lacedemonios, disuadiendo á éstos de declarar la guerra á los Atenienses.—X. Discurso del Eforo Estenelcida, por el cual se determinó la guerra contra los Atenienses.—XI. De como los Atenienses, después de la guerra con los Medos, reedificaron su ciudad, y principió su dominación en Grecia.—XII. Guerras que los Atenienses tuvieron desde la con los Medos hasta la presente, así contra los Bárbaros como contra los Griegos, acrecentando con ellas su imperio y señorío.—XIII. Discurso y proposición de los Corintios en el Senado de los Lacedemonios, ante todos los con-

federados y aliados para persuadirlos de la necesidad de la guerra contra los Atenieses. —XIV. Acordada la guerra contra los Atenieses por todos los del Peloponeso, envían los Lacedemonios embajadores á Atenas para tratar de algunas cosas. —XV. Temístocles, perseguido por Atenieses y Lacedemonios, se refugia en los dominios de Artajerjes, y allí vive hasta el fin de sus días. —XVI. Deliberan los Atenieses sobre si deben aceptar la guerra ú obedecer las exigencias de los Lacedemonios. —XVII. Discurso y opinión de Pericles en el Senado de Atenas, conforme á la cual se da respuesta á los Lacedemonios.

I

Refiere Tucídides que la guerra cuya historia va á narrar, es la mayor de cuantas los Griegos tuvieron dentro y fuera de su patria, y cuenta el origen y progreso de Grecia y las guerras que antes tubo.

El Ateniese Tucídides escribió la guerra que tuvieron entre sí los Peloponenses y Atenieses, comenzando desde el principio de ella, por creer que fuese la mayor y más digna de ser escrita, que ninguna de todas las anteriores, pues unos y otros florecían en prosperidad y tenían todos los recursos necesarios para ella; y también porque todos los otros pueblos de Grecia se levantaron en favor y ayuda de la una ó la otra parte, unos desde el principio de la guerra, y otros después. Fué este movimiento de guerra muy grande, no solamente de todos los Griegos, sino también en parte de los bárbaros (1) y extraños de todas naciones. Porque de las guerras anteriores, especialmente de las más antiguas, es imposible saber lo cierto y verdadero, por el largo tiempo transcurrido, y á lo que yo he podido alcanzar por varias conjeturas, no las tengo por muy grandes, ni por los hechos de guerra, ni en cuanto á las otras cosas.

(1) Los antiguos griegos llamaban bárbaros á los extranjeros; á los que no hablaban la lengua griega.

Porque según parece, la que ahora se llama Grecia no fué en otro tiempo muy sosegada y pacífica en su habitación, antes los naturales de ella se mudaban á menudo de una parte á otra, y dejaban fácilmente sus tierras compelidos y forzados por otros que eran ó podían más yendo á vivir á otras. Y así, no comerciando, ni juntándose para contratar sin gran temor por tierra ni por mar, cada uno labraba aquel espacio de tierra que le bastaba para vivir. No teniendo dinero, ni plantando, ni cultivando la tierra por la incertidumbre de poderla defender si alguno por fuerza se la quisiese quitar; mayormente no estando fortalecida de muros, y pensando que en cualquier lugar podían encontrar el mantenimiento necesario de cada día, importábales poco cambiar de domicilio.

Además, no siendo poderosos ni en número de ciudades pobladas (1), ni en otros aprestos de guerra, lo más y mejor de toda aquella tierra tenía siempre tales mudanzas de habitantes y moradores como sucedía en la que ahora se llama Tesalia y Beocia y mucha parte del Peloponeso, excepto la Arcadia, y otra cualquiera región más favorecida. Y aunque la bondad y fertilidad de la tierra era causa de acrecentar las fuerzas y poder de algunos, empero por las sediciones y alborotos que había entre ellos se destruían, y estaban más á mano de ser acometidos y sujetados de los extraños. Así que la más habitada fué siempre la tierra de Atenas, que por ser estéril y ruin estaba más pacífica y sin alborotos. Y no es pequeño indicio de lo que digo, que por la venida de otros moradores extranjeros ha sido esta región más aumentada y poblada que las otras, pues vemos que los más poderosos que salían de otras partes de Grecia, ó por guerra, ó por alborotos se acogían á los Atenienses, así como á lugar firme y seguro, y convertidos en ciuda-

(1) La palabra *Ciudad* no significaba precisamente en la antigua Grecia una población, sino una asociación de hombres. Estos vivían repartidos en diferentes aldeas y pueblos, que en conjunto formaban pequeños Estados ó repúblicas.

danos de Atenas, desde tiempo antiguo hicieron la ciudad mayor con la multitud de los moradores que allí acudieron. De manera que no siendo bastante ni capaz la tierra de Atenas para la habitación de todos, forzadamente hubieron de pasar algunos á Jonia y hacer nuevas colonias y poblaciones.

Manifiéstase bien la flaqueza y poco poder que entonces tenían los Griegos, en que antes de la guerra de Troya, no había hecho la Grecia hazaña alguna en común, ni tampoco me parece que toda ella tenía este nombre de Grecia, sino alguna parte, hasta que vino Heleno hijo de Deucalión; ni aun algún tiempo después tenían este nombre, sino cada gente el suyo: poniéndose el mayor número el nombre de Pelasgos. Mas después que Heleno y sus hijos se apoderaron de la región de Phthiotia, y por su interés llevaron aquellas gentes á poblar otras ciudades, cada cual de estas parcialidades, por la comunicación de la lengua, se llamaron Helenos, que quiere decir Griegos, nombre que no pudo durar largo tiempo, según muestra por conjeturas el poeta Homero que vivió muchos años después de la guerra de Troya, y que no llama á todos en general Helenos ó Griegos, sino á las gentes que vinieron en compañía de Aquiles desde aquella provincia de Phthiotia, que fueron los primeros Helenos, y en sus versos los nombra Danaos, Argeos y Aqueos. No por eso los llamó bárbaros, pues entonces, á mi parecer, no tenían todos nombre de bárbaros. En conclusión, todos aquellos que eran como Griegos, y se comunicaban entre sí, fueron después llamados con un mismo apellido. Y antes de la guerra de Troya por sus pocas fuerzas, y por no haberse juntado en contratación ni comunicación unos con otros no hicieron cosa alguna en común, salvo unirse para esta guerra, porque ya tenían de largo tiempo la costumbre navegar.

Minos, el más antiguo de todos aquellos que hemos oído, construyó armada con la que se apoderó de la mayor parte del mar de Grecia que ahora es, señoreó las

islas llamadas Cicladas, y fué el que primero las hizo habitar, fundando en ellas muchas poblaciones, expulsando á los Cares, y nombrando príncipes y señores de ellas á sus hijos, á quienes las dejó después de su muerte. Además limpió la mar de cosarios y la drones, para adquirir él solo las rentas y provechos del comercio.

Los Griegos antiguos que moraban en la tierra firme cercana al mar, y los que tenían islas, después que comenzaron á comunicarse á menudo con navíos, se volvieron cosarios, eligiendo entre ellos por capitanes á los más poderosos; y por causa de la ganancia ó siendo pobres, por necesidad de mantenerse, asaltaban ciudades no cercadas y robaban á los que vivían en los lugares, pasando así la mayor parte de la vida, sin tener por vergonzoso este ejercicio, antes por honroso. Declaran aun ahora algunos de aquellos que viven cercanos á la mar, que tienen por honra hacer esto; y también los poetas antiguos, en los cuales se hallan escritas las frases de aquellos que navegando y encontrándose por la mar, se preguntaban si eran ladrones, sin ofenderse de ello los preguntados, ni tener por afrenta este nombre. Y aun ahora en tierra firme se usa robarse unos á otros, y también en mucha parte de Grecia se guarda esta costumbre, como entre los Locros, Ozoles, Etoles y Acharnanes.

De aquella antigua costumbre de robar y saltear, quedó la de usar armas, porque todos los de Grecia las llevan, á causa de tener las moradas no fortalecidas, y los caminos inseguros. Acostumbran pues á vivir armados, como los bárbaros; y esta costumbre que se guarda en toda Grecia es señal de que en otro tiempo vivían todos así. Los Atenienses fueron los primeros que dejaron las armas, y esta manera de vivir disoluta, adoptando otra más política y civil. Los más ancianos, es decir, los más ricos, tenían manera de vivir delicada, y no ha mucho tiempo que dejaron de usar vestidos de lienzo y zarcillos de oro, y joyas en los cabellos trenzados y revueltos á la cabeza. Los más antiguos Jonios, por el

trato que tenían con los Atenienses, usaron por lo general este atavío. Mas los Lacedemonios fueron los primeros de todos, hasta las costumbres de ahora, en usar vestido llano y moderado, y aunque en las otras cosas posean unos más que otros y sean más ricos, en la manera de vivir son iguales, y andan todos vestidos de una misma suerte, así el mayor como el menor. Y fueron los primeros que por luchar se desnudaron los cuerpos, despojándose en público, y que se untaron con aceite antes de ejercitarse, pues antiguamente en los juegos y contiendas que se hacían en el monte Olímpico, donde contendían los atletas y luchadores, tenían con paños menores cubiertas sus vergüenzas y no ha mucho que dejaron esta costumbre, que dura aún entre los bárbaros: los cuales ahora, mayormente los Asiáticos se ponen estos paños menores ó cinturones por premio de la contienda, y así cubiertos con ellos hacen estos ejercicios, de otra suerte no se les da el premio. En otras muchas costumbres se podría mostrar que los Griegos antiguos vivieron como ahora los bárbaros.

Para venir á nuestro propósito las ciudades que á la postre se han poblado, y que son más frecuentadas, sobre todo las que tienen mayor suma de dinero, se edificaron á orilla del mar, y en el Istmo, que es un estrecho de tierra entre dos mares, por causa de poder tratar más seguramente, y tener más fuerzas y defensas contra los comarcanos. Mas las antiguas ciudades, por miedo de los cosarios están situadas muy lejos de la mar, en las islas, y en la tierra firme, porque todos los que vivían en la costa se robaban unos á otros, y aun ahora están deshabitadas las villas y lugares marítimos.

No eran menos cosarios los de las islas, conviene á saber, los Carios y Fenicios, porque éstos habitaban muchas de ellas. Buena prueba es que cuando en la guerra presente los Atenienses purgaron por sacrificios la isla de Delos, quitando las sepulturas que allí estaban, vióse que más de la mitad eran de Carios bien conocidos en el atavío de las armas, compuesto de la

manera que ahora se sepultan. Pero cuando el rey Minos dominó la mar, pudieron mejor navegar unos y otros: y echados los cosarios y ladrones de las islas, pobló muchas de ellas. Los hombres que moraban cerca de la mar, comerciando, vivían más seguramente: y entre ellos algunos más enriquecidos que los otros cercaron las ciudades de muros: los menores deseando ganar, servían de su grado á los mayores, y los más poderosos que tenían hacienda sujetaron á los menores.

De esta manera yendo cada día más y más creciendo en fuerzas y poder, andando el tiempo fueron con ejército sobre Troya. Me parece que Agamennón era el más poderoso entonces de todos los Griegos. Y no solamente llevó consigo los que demandaban á Helena por mujer que estaban obligados por juramento á Tyndaro, padre de Helena para ayudarle, sino que juntó también gran armada de otras gentes. Y dicen aquellos que tienen más verdadera noticia de sus mayores de los hechos de los Polopenesos, que Pelopes, el primero de todos, con la gran suma de dinero que trajo cuando vino de Asia, alcanzó poder y fuerzas, ganó, á pesar de ser extranjero, la voluntad de los hombres de la tierra, que eran pobres y menesterosos, y por esto la tierra se llamó de su nombre Peloponeso. Muerto Euristeo los descendientes de Pelopes adquirieron mayor señorío. Euristeo, murió en Atica por mano de los Eacidas, descendientes de Hércules. Había encomendado á su tío Atreo, hermano de su madre, la ciudad de Micenas y todo su reino cuando iba huyendo de su padre, por la muerte de Crisipo, y como no volviese más, porque fué muerto en la guerra, los de Micenas, por miedo á los Eacidas, pareciéndoles muy poderoso Atreo, y que era acatado de muchos de ellos, y de todos los súbditos de Euristeo le eligieron por señor, y quisieron que tomase el reino. De esta suerte fueron más numerosos los Pelopidas, es decir, los descendientes de Pelopes que los Peridas, es á saber los descendientes de Perseo, que antes había dominado aquella tierra. Después que por

sucesión de Atreo tomó Agamennón el reino, á mi parecer porque era más poderoso por la mar que ninguno de los otros, reunió ejército de muchos hombres, atraídos más por miedo que por voluntad. Parece que llegó á Troya con más naves que ninguno de los otros príncipes, pues que de ellas dió á los Arcades, como declara Homero, y si es bastante su testimonio, hablando de Agamennón, dice que cuando se le dió el cetro y mando real, dominaba muchas islas, y toda Argos; islas que fuera de las cercanas, que no eran muchas, ninguno pudiera dominar desde tierra firme, si no tuviera gran armada. De este ejército que llevó se puede conjeturar cuáles fueron los anteriores.

De que la ciudad de Micenas era muy pequeña, ó si entonces fué muy grande, ahora no parece serlo, no es dato para no creer que fué tan grande la armada que vino á Troya, cuanto los poetas escriben, y se dice por fama; porque si se desolase la ciudad de Lacedemonia, que no quedase sino los templos, y solares de las casas públicas, creo que por curso de tiempo no creería el que la viese en que había sido tan grande como lo es al presente. Y aunque en el Peloponeso de cinco partes tienen las dos de término los Lacedemonios (1), y todo el señorío y mando dentro y fuera de muchas otras ciudades de los aliados y compañeros, si la ciudad no fuese poblada y llena de muchos templos y edificios públicos suntuosos (como ahora está) y fuese habitada por lugares y aldeas á la manera antigua de Grecia, manifiesto está que parecería mucho menor. Si á los Atenenses les sucediera lo mismo, que desamparasen la ciudad, parecería ésta haber sido doble mayor de lo que ahora es, sólo al ver la ciudad y el gran sitio que ocupa. Conviene, pues, que no demos fe del todo á lo que dicen los poetas de la extensión Troya, ni cumple que consideremos más la extensión

(1) Las cinco partes del Peloponeso eran la Laconia, la Mesenia, la Argolida, la Arcadia y la Elida. Pertenecían á los Lacedonios la Laconia y la Mesenia.

de las ciudades, que sus fuerzas y poder. Por lo mismo debemos pensar que aquel ejército fué mayor que los pasados, pero menor que los de ahora, aunque demos crédito á la poesía de Homero; al cual le era conveniente, como poeta, engrandecer, y adornar la cosa más de lo que parecía. Por darle más lustre, hizo la armada de mil y doscientas naves, y cada nave de las de los Beocios de ciento veinte hombres, y de las de Filoctetes de cincuenta, entre grandes y pequeñas á mi parecer; del tamaño de las otras, no hace mención en la lista de las naves. Declara, pues, ser combatientes y remadores todos los de las naves de Filoctetes, porque á todos los llama flecheros y remadores. Y es de creer que yendo los reyes y príncipes en los barcos y también todo el equipo del ejército cabría poca gente más que los marineros, con mayor motivo navegando no con navíos cubiertos, como son los de ahora, sino á la costumbre antigua, equipados á manera de cosarios. Tomando, pues, el término medio entre las grandes naves y las pequeñas, parece que no fueron tantos hombres como podían ser enviados de toda Grecia: lo cual fué antes por falta de dinero que de hombres, porque por falta de víveres llevaron sólo la gente que pensaban se podría sustentar allí mientras la guerra durase.

Llegados á tierra, claro está que vencieron por combate, porque sólo así pudieron hacer un campamento amurallado, y parece que no usaron aquí en el cerco de todas sus fuerzas, sino que en Quersoneso se dieron á la labranza de la tierra, y algunos á robar por la mar por falta de provisiones. Estando, pues, así dispersos, los Troyanos les resistieron diez años, siendo iguales en fuerzas á los que habían quedado en el cerco. Porque si todos los que vinieron sobre Troya tuvieran víveres y juntos, sin dedicarse á la agricultura ni á robar, hicieran continuamente la guerra, fácilmente vencieran, y la tomaran por combate con menor trabajo y en menos tiempo; lo cual no hicieron por no estar todos en el cerco y estar esparcidos, y pelear solamente una parte de ellos.

En conclusión, es de creer que por falta de dinero fueron poco numerosos los ejércitos en las guerras que hubo antes de la de Troya.

Y la guerra de Troya, que fué más nombrada que las que antes habían ocurrido, parece por las obras que fué menor que su fama, y de lo que ahora escriben de ella los poetas. Porque aun después de la guerra de Troya, los Griegos fueron expulsados de su tierra, y pasaron á morar á otras partes, de manera que no tuvieron sosiego para crecer en fuerzas y aumentarse. Lo cual sucedió porque á la vuelta de Troya, después de tanto tiempo, hallaron muchas cosas trocadas y nuevas, y muchas sediciones y alborotos en la mayor parte de la tierra; y así los que de allí salieron, poblaron y edificaron otras ciudades. Los que ahora son Beocios, siendo echados de Arna por los Tesalios, sesenta años después de la toma de Troya, habitaron la tierra que ahora se llama Beocia, y antes se llamaba Cadmea; en la cual había primero habitado alguna parte de ellos, y desde allí partieron al cerco de Troya con ejército. Los Dorios poseyeron el Peloponeso con los Eraclienses ochenta años después de la destrucción de Troya.

Mucho tiempo después, estando ya la Grecia pacífica y asegurada con los descendientes de Hércules, comenzaron á enviar gentes fuera de ella para poblar otras tierras. Entre las cuales los Atenieses poblaron la Jonia y muchas de las islas, y los Peloponenses, la mayor parte de Sicilia y de Italia, y otras ciudades de Grecia. Todo esto fué poblado y edificado después de la guerra de Troya.

Haciéndose de día en día la Grecia más poderosa y rica, se levantaron nuevas tiranías (1) en las ciudades á medida que iban creciendo las rentas de ellas. Antes los reinos se heredaban por sucesión (2), y tenían su mando y

(1) Tirano en Grecia era el usurpador de la soberanía, aunque ejerciera el mando con templanza y benignidad.

(2) La dignidad real era hereditaria y esta condición diferenciaba en Grecia la Monarquía de la tiranía,

señorío limitado. Los Griegos entonces se dedicaban más á navegar que á otra cosa, y todos cruzaban la mar con naves pequeñas, no conociendo aún el uso de las grandes. Dicen que los Corintios fueron los primeros que inventaron los barcos de nueva forma, y que en Corinto, antes que en ninguna otra parte de Grecia, se hicieron trirremes. Sé que el corintio Aminocles, maestro de hacer naves, hizo cuatro á los Samios, cerca de trescientos años antes del fin de esta guerra que escribimos para lo cual Aminocles vino á Samos.

La más antigua guerra que sepamos haberse hecho por mar, fué entre los Corintios y los Corcirenses, hará á lo más doscientos y sesenta años.

Como los Corintios tenían su ciudad situada sobre el Istmo, que es un estrecho entre dos mares, era continuamente emporio, es á saber: lugar de feria ó comercio de los Griegos que en aquel tiempo más trataban por tierra que por mar, y por esta causa, por acudir allí los de dentro del Peloponeso y los de fuera para la contratación, eran los Corintios muy ricos como lo significan los antiguos poetas que llaman á Corinto por sobrenombre *la rica*. Después que los Griegos usaron más la navegación y comercio, y echaron á los corsarios, haciendo feria de tierra y mar, enriquecieron más la ciudad, aumentando sus rentas.

Mucho después los Jonios se dieron á la navegación en tiempo de Ciro, primer rey de los Persas, y de Cambises, su hijo, y peleando con Ciro sobre la mar, tuvieron algún tiempo el señorío de ella. Tambien Polícrates, tirano en tiempo de Cambises, fué tan poderoso por mar, que conquistó muchas islas, y entre ellas tomó á Renia, la cual consagró y dió al dios Apolo, que estaba en el templo de la isla de Delos. Después de esto los Focenses, que poblaron á Marsella, vencieron á los Cartagineses por mar (1). Estas guerras marítimas fueron las

(1) Una cuestión por algunos barcos de pesca fué la causa de esta guerra. (Justino I. XLIII, c. V.)

más grandes hasta entonces, y poco después de la guerra de Troya usaban trirremes pequeños de cincuenta remos, y también algunas naves largas.

Poco antes de la guerra de los Medos y de la muerte de Darío, que reinó después de Cambises en Persia, hubo muchos trirremes, así en Sicilia entre los Tiranos, como entre los Corcirenses, porque éstas parece que fueron las últimas guerras por mar en toda Grecia dignas de escribirse, antes que entrase en ella con ejércitos el rey Jerjes. Los Eginetas y Atenienses y algunos otros tenían pocas naves, y éstas por la mayor parte de cincuenta remos. Entonces Temístocles persuadió á los Atenienses, que tenían guerra con los Eginetas, y esperaban la venida de los bárbaros, que hiciesen naves grandes, las cuales aun no eran cubiertas del todo, y con éstas pelearon. Tales fueron las fuerzas de mar de los Griegos, así en tiempos antiguos como en los cercanos, y los sucesos de su guerra por mar. Los que se unieron á ellos adquirieron gran poder, renta y señorío de las otras gentes; porque navegando con armada sojuzgaron muchos lugares, mayormente aquellos que tenían tierra no suficiente, es decir, estéril y no abastecida y falta de las cosas necesarias.

Por tierra ninguna guerra fué de gran importancia, porque todas las que se hicieron eran contra comarcas y vecinos; y los Griegos no salían á hacer guerra á lugares extraños lejos de su casa para sojuzgar á los otros. Nihilos súbditos se levantaban contra las grandes ciudades, ni éstas de común acuerdo formaban ejércitos, porque casi siempre discordaban las unas de las otras, y así cercanas peleaban entre sí sobre todo hasta la guerra antigua de los Calcidenses y Eriteos, en la que lo restante de Grecia se dividió para ayudar á unos ó á otros.

Luego sobrevinieron por varias partes impedimentos y estorbos para que no se aumentasen sus fuerzas y su poder. Porque contra los Jonios, cuando sus cosas iban procediendo de bien en mejor, se levantó Ciro con todo el poder de Persia, el cual, después que hubo ven-

cido y desbaratado al rey Creso, ganó por fuerza de armas toda la tierra que hay desde el río Haly hasta la mar, y puso debajo de su mando y servidumbre todas las ciudades que aquí estaban en tierra firme.

Respecto á las otras ciudades de Grecia, los Tiranos que las mandaban no tenían en cuenta sino guardar sus personas, conservar su autoridad, aumentar sus bienes y enriquecerse, y, atento á estas cosas, ninguno salía de sus ciudades para ir lejos á conquistar nuevos señoríos. Por esto no se lee que hiciesen cosa digna de memoria, sino sólo que tuvieron algunas pequeñas guerras entre sí, de vecino á vecino, excepto aquellos Griegos que ocuparon á Sicilia, los cuales fueron muy poderosos. De manera que por esta vía la Grecia estuvo mucho tiempo sin hacer cosa memorable en común y á nombre de todos, ni tampoco podía hacerlo cada ciudad de por sí.

Pasado este tiempo, ocurrió que los Tiranos fueron expulsados y lanzados de Atenas y de todas las otras ciudades de Grecia por los Lacedemonios, excepto aquellos que mandaban en Sicilia, porque la ciudad de Lacedemonia, después que fué aumentada y enriquecida por los Dorios, que al presente la habitan, aunque estuvo mucho tiempo intranquila con sediciones y discordias civiles según hemos oído, siempre vivió y se conservó en sus buenas leyes y costumbres, y se preservó de tiranía y mantuvo su libertad. Por que según tenemos por cierto, por más de cuatrocientos años, hasta el fin de esta guerra que escribimos, los Lacedemonios siempre tuvieron la misma manera de vivir y gobernar su república que al presente tienen, y por esta causa la pueden también dar á las otras ciudades.

Poco tiempo después que los Tiranos fueron echados de Grecia los Atenienses guerrearon con los Medos, y al fin los vencieron en los campos de Maraton. Diez años pasados vino el rey Jerjes de Persia con grandes huestes, y el propósito de conquistar toda la Grecia: y para resistir á tan grande poder como traía, los Lacedemonios, por ser los más poderosos, fueron nombrados cau-

dillos de los Griegos para esta guerra. Los Atenienses al saber la venida de los bárbaros, determinaron abandonar su ciudad y meterse en la mar, en la armada que ellos habían aparejado para este fin, y de esta manera llegaron á ser muy diestros en las cosas de mar. Poco tiempo después, todos á una y de común acuerdo, echaron á los bárbaros de Grecia. Los Griegos que se habían rebelado contra el rey de Persia y los que se unieron para resistirle, se dividieron en dos bandos y parcialidades, los unos favoreciendo la parte de los Lacedemonios, y los otros siguiendo el partido de los Atenienses: porque estas dos ciudades eran las más poderosas de Grecia: Lacedemonia por tierra y Atenas por mar. De manera que muy poco tiempo estuvieron en paz y amistad, haciendo la guerra de consuno contra los bárbaros, porque empezó en seguida la guerra entre estas dos ciudades poderosas, y sus aliados y amigos. Y no hubo nación de Griegos en ninguna parte del mundo que no siguiese un partido ú otro, de manera, que desde la guerra de los Medos hasta ésta, de que escribimos al presente, siempre tuvieron guerra ó treguas estas ciudades, una contra otra, ó contra sus súbditos que se rebelaban. Con el largo uso se ejercitaron en gran manera en las armas, y se bastecieron y proveyeron de todas las cosas necesarias para pelear.

Tenían estas dos ciudades diversa manera de gobernar sus súbditos y aliados, porque los Lacedemonios no hacían tributarios á sus confederados, solamente querían que se gobernasen como ellos, por sus leyes y estatutos, y á su costumbre, es decir, por cierto número de buenos ciudadanos, cuya gobernación llaman Oligarquía, y significa mando de pocos. Mas los Atenienses, poco á poco, quitaron á sus súbditos y aliados todas las naves que tenían, y después les impusieron un tributo, excepto á los habitantes de Chio y de Lesbos. Con tales recursos hicieron una armada la más numerosa y fuerte que jamás pudo reunir todos los Griegos juntos desde el tiempo que hacían la guerra coligados.

Tales fueron las cosas antiguas de la Grecia, según he podido descubrir; y será muy difícil creer al que quisiere explicarlas con detalles mas minuciosos, porque aquellos que oyen hablar de las cosas pasadas, principalmente siendo de las de su misma tierra, y de sus antepasados, pasan por lo que dice la fama sin curar de examinar la verdad. Así vemos que los Atenienses creen, y dicen comunmente que el tirano Hiparco fué muerto á manos de Armodio, y Aristogitón por causa de su tiranía: no considerando que cuando aquel fué muerto reinaba en Atenas Hippias, hijo mayor de Pisistrato, cuyos hermanos eran Hiparco y Téfalo: y que un día Armodio y Aristogitón, que habían determinado matar á todos tres, pensando que la cosa fuera descubierta á Hippias por alguno de sus cómplices, no osaron ejecutar su empresa, sino hacer algo digno de memoria antes de ser presos, y hallando á Hiparco ocupado en los sacrificios que hacía en el templo de Leocorión, le mataron.

De igual manera hay otras muchas cosas de que existe memoria, en las cuales hallamos que los Griegos tienen falsa opinión y las consideran y ponen muy de otro modo que pasaron. Piensan, por ejemplo, de los reyes de Lacedemonia, que cada uno de ellos echaba dos piedras, y no una sola, en el cántaro, que quiere decir que tiene dos votos en lugar de uno, y que hay en su tierra, una legión de Pitinates que nunca hubo. Tan perezosas y negligentes son muchas personas para inquirir la verdad de las cosas (1).

Más el que quisiere examinar las conjeturas que yo he traído, en lo que arriba he dicho, no podrá errar por modo alguno. No dará crédito del todo á los poetas que, por sus ficciones, hacen las cosas más grandes de lo que son, ni á los historiadores que mezclan las poesías en sus historias, y procuran antes decir cosas deleitables y apacibles á los oídos del que escucha que verdaderas (2). De aquí

(1) Alusión maliciosa de Tucídides á Herodoto.

(2) Nueva alusión á Herodoto.

que la mayor parte de lo que cuentan en sus historias, por no estribar, en argumentos é indicios verdaderos, andando el tiempo viene á ser tenido y reputado por fabuloso é incierto. Lo que arriba he dicho, está tan averiguado y con tan buenos indicios y argumentos, que se tendrá por verdadero.

Y aunque los hombres juzguen siempre la guerra que tienen entre manos por muy grande, y después de acabada tengan en más admiración las pasadas, parecerá empero claramente á los que quisieren mirar bien en las unas y en las otras por sus obras y hechos que ésta fué y ha sido mayor que ninguna de las otras.

Y porque me sería cosa muy difícil relatar aquí todos los dichos y consejos, determinaciones, conclusiones y pareceres de todos los que hablan de esta guerra, así en general como en particular, así antes de comenzada, como después de acabada, no solamente de lo que yo he entendido de otros que lo oyeron, pero también de aquello que yo mismo oí, dejo de escribir algunos. Pero los que relato son exactos, sino en las palabras, en el sentido, conforme á lo que he sabido de personas dignas de fe y de crédito, que se hallaron presentes, y decían cosas más consonantes á verdad, según la común opinión de todos.

Mas en cuanto á las cosas que se hicieron durante la guerra, no he querido escribir lo que oí decir á todos, aunque me pareciese verdadero, sino solamente lo que yo ví por mis ojos, y supe y entendí por cierto de personas dignas de fe, que tenían verdadera noticia y conocimiento de ellas. Aunque también en esto, no sin mucho trabajo, se puede hallar la verdad. *Porque los mismos que están presentes á los hechos, hablan de diversa manera, cada cual según su particular afición ó según se acuerda.* Y porque yo no diré cosas fabulosas, mi historia no será muy deleitable ni apacible de ser oída y leída. Mas aquellos que quisieren saber la verdad de las cosas pasadas y por ellas juzgar y saber ótras tales y semejantes que podrán suceder en adelante, hallarán útil y provechosa mi historia; porque mi intención no

es componer farsa ó comedia que dé placer por un rato (1), sino una historia provechosa que dure para siempre.

Muéstrase claramente que esta guerra ha sido más grande que la que tuvieron los Griegos contra los Medos; porque aquélla se acabó y feneció en dos batallas que se dieron por mar y otras dos por tierra, y ésta, de que al presente escribo, duró por mucho tiempo, viniendo á causa de ella tantos males y daños á toda la Grecia, cuantos nunca jamás se vieron en otro tanto tiempo, contando todos los que acontecieron así por causa de los Bárbaros, como entre los mismos Griegos, así de ciudades y villas, unas destruidas, otras conquistadas de nuevo y otras pobladas de extraños moradores, despobladas de los propios, como de los muchos que huyeron ó murieron ó fueron desterrados por causa de guerra, ó por sediciones y bandos civiles. También hay otros indicios verdaderos por donde se puede juzgar haber sido esta guerra mayor que ninguna de las otras pasadas, de que al presente dura la fama y memoria: que son los prodigios y agüeros que se vieron, y tantos y tan grandes terremotos en muchos lugares de Grecia, eclipses y obscurecimientos del sol más á menudo que en ningún otro tiempo, calores excesivos, de donde se siguió grande hambre y tan mortífera epidemia que quitó la vida á millares de personas.

Todos los cuales males vinieron acompañados con esta guerra de que hablo, de la cual fueron causadores los Atenienses y Peloponenses, por haber roto la paz y treguas que tenían hechas por espacio de treinta años después de la toma de Eubea (2). Y para que en ningún tiempo sea menester preguntar la causa de ello, pondré primero la ocasión que hubo para romper las treguas, y los motivos y diferencias por que se comenzó tan

(1) Acaso alude también á Herodoto, cuya historia fué leída en los juegos olímpicos.

(2) Esta tregua de treinta años fué ajustada, según Dodwel, cuatrocientos cuarenta y cinco años antes de nuestra Era.

grande guerra entre los Griegos, aunque tengo para mí que la causa más principal y más verdadera, aunque no se dice de palabra, fué el temor que los Lacedemonios tuvieron de los Atenenses, viéndolos tan pujantes y poderosos en tan breve tiempo. Las causas, pues, y razones que públicamente se daban de una parte y de otra, para que se hubiesen roto las treguas y empezado la guerra, fueron las siguientes:

II

Causas y origen de la guerra entre Corintios y Corcirenses. Vencidos los primeros por mar, rehácense para continuar la guerra y ambos beligerantes envían embajadores á los Atenenses, solicitando su alianza.

Epidamno es una ciudad que está asentada á la mano derecha de los que navegan hacia el seno del mar Jonio, y junto á ella habitan los Tablantes, bárbaros de Illiria. A la cual se pasaron á vivir los Corcirenses pobladores llevados por Phalio, hijo de Eratocles, natural de Corinto, y descendiente de Hércules, el cual, según ley antigua, había sido enviado de la ciudad metrópoli y principal para caudillo de los nuevos pobladores Corcirenses, á quienes no era lícito salir á poblar otra región sin licencia de los Corintios, sus principales y metropolitanos (1). Vinieron también á poblar esta ciudad juntamente con los Corcírenses, algunos de los mismos Corintios, y otros de la nación de los Dorios. Andando

(1) Cuando llegaba á ser una colonia bastante poderosa para fundar á su vez otra, debía pedir á la metrópoli un ciudadano encargado de fundarla y dirigirla. Corcira era una colonia de Corinto y para fundar la colonia de Epidamno, tuvo que pedirlo á los Corintios, quienes enviaron á Phalio, que fué el fundador de la nueva colonia.

el tiempo llegó á ser muy grande la ciudad de los Epidamnios y muy poblada; pero como hubiese entre ellos muchas disensiones y discordias, según cuentan, por cierta guerra que tuvieron con los bárbaros comarcanos, cayeron del estado y poder que gozaban. Finalmente, en la postrera discordia el pueblo expulsó de la ciudad á los más principales, que huyeron y se acogieron á los bárbaros comarcanos, de donde venían á robar y hacer mal á la ciudad por mar y por tierra. Los Epidamnios, viéndose tan apretados por aquéllos, enviaron sus mensajeros y embajadores á los de Corcira como á su ciudad metrópoli, rogándoles que no los dejasen perecer, sino que los reconciasen con los que habían huído, y apaciguasen aquella guerra de los bárbaros. Y los embajadores, sentados en el templo de la diosa Juno, les suplicaron esto (1). Mas los de Corcira no quisieron admitir sus ruegos, y les despidieron sin concederles nada.

Los Epidamnios al saber que los de Corcira no les querían hacer ningún favor, dudando qué harían por entonces, enviaron á Delfos para consultar al Oráculo si sería bien que diesen su ciudad á los Corintios, como á sus principales pobladores, y pedirles algún socorro. El Oráculo les respondió que se la entregasen y los hiciesen sus caudillos para la guerra. Fueron los Epidamnios á Corinto por el consejo del Oráculo, les dieron su ciudad, contándoles, entre otras cosas, como el poblador de ella había sido natural de Corinto; declarándoles lo que el Oráculo había respondido, y rogándoles que no los dejasen ser destruídos, sino que los amparasen y vengasen. Los Corintios, por ser cosa justa, tomaron á su cargo la venganza, pensando que tan de ellos era aquella colonia como de los Corcirenses, y también por el odio y malquerencia que tenían á los Cor-

(1) Los suplicantes se sentaban en los atrios de los templos ó alrededor de los altares y con frecuencia llevaban ramos en las manos. Cuando era una persona particular á quien iban á implorar, sentábanse junto á su casa.

cirenses que no se cuidaban de los Corintios, siendo sus pobladores; pues en las fiestas y solemnidades públicas no les daban las honras debidas, ni señalaban varón de Corinto que presidiese en los sacrificios (1), como las otras colonias. Además, porque los menospreciaban los Corcirenses á causa de la gran riqueza que tenían; pues entonces eran los más ricos entre todas las ciudades de Grecia y más poderosos para la guerra, confiando en sus grandes fuerzas navales, y en la fama que tenían cobrada ya los Fehaces, sus antecesores, que primero habitaron á Corcira, de ser diestros en el arte de navegar. Y esta gloria les impulsaba á tener siempre dispuesta una armada muy pujante, contando 120 trirremes cuando comenzaron la guerra.

Teniendo todas las quejas arriba dichas, los Corintios de los Corcirenses, determinaron dar de buena gana socorro á los Epidamnios, y además de la fuerza de socorro, enviaron por guarnición la gente de los Ambraciotes y Leucadios, mandando que todos los que quisiesen pudiesen ir á vivir á Epidamno. Por tierra fueron á Apolonia, pueblo de los Corintios, por miedo de que los Corcirenses les cortasen el paso por mar. Cuando éstos supieron los moradores y gente de guarnición que iban á la ciudad de Epidamnio, y que se había dado población allí á los Corintios, tuvieron gran pesar, y apresuradamente navegaron para allá con veinticinco naves, y poco después con lo restante de la armada, mandando por su autoridad que los desterrados que habían sido lanzados primero, fuesen recibidos en la ciudad. Porque, según parece, los que estaban desterrados de Epidamnio, cuando supieron que los Corintios enviaban gente á poblarla, acudieron á los Corcirenses mostrándoles sus sepulturas antiguas, alegando el deudo y parentesco que con ellos tenían, y rogándoles que hiciesen recibirles en su tierra y lanzasen á los pobladores.

(1) Las colonias recibían de la metrópoli el fuego sagrado y el Pontífice.

y gente de guarnición que habían enviado los Corintios. Mas los Epidamnios no los quisieron recibir ni obedecer en nada; antes sacaron sus huéstes contra ellos; por lo cual los Corcirenses, con cuarenta naves, tomando consigo los desterrados como para restituirlos en su tierra con algunos de los Illirios, asentaron su real delante de la ciudad, y mandaron pregonar que cualquiera de los Epidamnios ó extranjeros que se quisiesen pasar á ellos, fuese salvo, y los que no quisiesen, fuesen tenidos por enemigos. Mas como los Epidamnios no obedeciesen á esto, los Corcirenses, por aquel estrecho llamado Istmo, pusieron cerco á la ciudad para combatirla.

Los Corintos al saber por mensajeros de los de la ciudad de Epidamnio, que estaban cercados, dispusieron su ejército y juntamente mandaron pregonar que daban población de sus ciudadanos para la ciudad de Epidamnio, que la darían igualmente á todos los que quisiesen ir allá por entonces; y que los que no quisieran ir, sino después, pagasen cincuenta dragmas á la ciudad de Corinto y se quedasen, porque así serían también participantes de los mismos privilegios de pobladores. Fueron muchos los que navegaron á la sazón, y los que pagaron la cantidad prefijada. Además de esto, rogaron á los Megarenses que los acompañasen con sus naves por si acaso los Corcirenses les quisiesen vedar el paso por mar, los cuales les dieron ocho naves bien aparejadas, y la ciudad de Pales de los Cifalinos dió cuatro, y los de Epidaurio, siendo rogados, les dieron cinco; los Hermiones una, y los Trezenos dos; los Leucadios diez, y los Ambraciotos ocho. A los Tebanos y á los Flisios pidieron dineros, y á los Eleos solamente los cascos de las naves y dinero. Y de los mismos Corintios fueron dispuestas treinta naves y tres mil hombres.

Cuando los Corcirenses supieron estos aprestos de guerra, vinieron á Corinto con los embajadores de Lacedemonia y de Sicionia que tomaron consigo, y demandaron á los Corintios que sacasen la guarnición y los moradores que habían metido en Epidamnio, pues ellos

nada tenían que ver con los Epidamnios; y si no lo querían hacer, que nombrasen jueces en el Peloponeso, en aquellas ciudades que ambas partes eligiesen, y que la población fuese de aquellos que los jueces determinasen por sentencia, ó que lo remitiesen al oráculo de Apolo, que estaba en Delfos, y no se permitiese guerrear unos contra otros. De lo contrario serían forzados á hacerse amigos de aquella parcialidad que más poderosa fuese, para su bien y provecho. Los Corintios les respondieron que sacasen sus naves y los bárbaros de Epidamnio, y que después consultarían sobre ello, porque no era razón que estando los unos cercados, los otros quisiesen llevar la cosa por tela de juicio. Los Corcirenses replicaron que si los Corintios sacaban primero á los que habían metido en la ciudad de Epidamnio, ellos también lo harían así y que estaban dispuestos á que se apartaran unos y otros de la tierra, y ajustar treguas hasta tanto que la cuestión se resolviera en justicia.

Los Corintios, no accediendo porque tenían sus naves á punto y los compañeros de guerra aparejados, enviaron un trompeta á los Corcirenses que les denunciase la guerra: alzaron velas del puerto con setenta y cinco naves y dos mil hombres de pelea, y navegaron derechos á Epidamnio. Eran capitanes de la armada de mar Aristeo, hijo de Pelica, Calicrates, hijo de Calia, y Timanor, hijo de Timanto. Y por tierra, de la gente de infantería, Arquetimo, hijo de Euritimo, é Isarquidas, hijo de Sarco. Llegados que fueron al cabo de Actio, tierra de Anactoria, donde está el templo de Apolo, en la boca del seno Ambracio, los Corcirenses les enviaron un mensaje con un barco mercante, prohibiéndoles el paso, y entretanto completaron el número de sus naves y presentaron jarcias y aparejos para las viejas, de suerte que pudieran navegar, y poniéndolas todas á punto, esperaban la respuesta de su mensaje. Mas después que volvió el mensajero y dijo que no había esperanza de paz, como ya los Corcirenses tenían sus naves aparejadas, que serían en número de ochenta, porque cuarenta de

ellas estaban en el cerco de Epidamnio, salieron al encuentro de los Corintios, y poniendo sus naves en orden de batalla, embistieron contra la armada de los Corintios, los desbarataron y vencieron, y destrozaron quince naves de ella. Acaeció el mismo día que los que estaban cercados en Epidamnio concertaron que los extranjeros y advenedizos fuesen vendidos por cautivos, y los Corintios guardados en prisión hasta saber la voluntad de los vencedores.

Después de esta victoria naval, los Corcirenses pusieron trofeo en señal de triunfo en el campo de Leucina, que está en el cabo de Corcira, y mandando matar á todos los cautivos que prendieron, solamente guardaron en prisión á los Corintios. Acabado esto, los Corintios y sus compañeros de guerra, vencidos en la mar, volvieron á sus casas; los Corcirenses se hicieron dueños de la mar en todas aquellas comarcas, y navegando para Leucadia, colonia de los Corintios, la robaron, y destruyeron; y quemaron á Cilene, donde los Elienses tenían sus Atarazanas, porque habían socorrido á los Corintios con naves y con dinero. Mucho tiempo después de esta batalla, dominaron los Corcirenses la mar, y navegando hacían todo el mal y daño que podían á los amigos y aliados de los Corintios, hasta que éstos, pasado el verano, les enviaron naves y ejército, de que tenían gran falta, y asentaron su campo en el cabo de Actio y cerca de Chimerio en Tesprotide para poder mejor guardar á Leucadia y á las otras ciudades de los amigos y compañeros que estaban de su parte. Los Corcirenses pusieron su campamento en Leucina por mar y por tierra frente del campo de los enemigos, y así estuvieron quedos, sin hacerse mal los unos á los otros, todo aquel verano, hasta que, llegado el invierno, volvieron á sus casas. Todo aquel año, después de la batalla naval, y el siguiente, los Corintios, por la ira y saña que tenían contra los Corcirenses, determinaron renovar la guerra, y mandando rehacer sus naves, aparejaron una nueva armada, cogiendo hombres de guerra y marineros

á sueldo del Peloponeso, y de otras tierras de Grecia. Sabido esto por los Corcirenses tuvieron gran temor por no estar aliados con ninguno de los pueblos de Grecia ni inscriptos en las confederaciones de los Atenien- ses ni de los Lacedemonios, por lo cual les pareció que sería bueno ir á Atenas, ofrecer su alianza para la guerra, y tentar si hallarían allí algún socorro. Al saberlo los Corintios, enviaron también sus embajadores á Atenas para que estorbasen que la armada de los Atenienses se uniera á la de los Corcirenses, porque esto les impediría hacer la guerra con ventaja. Llamados en ayuntamiento unos y otros expusieron sus razones, y primeramente los Corcirenses hablaron de esta manera:

III.

Discurso de los embajadores Corcirenses al Senado de Atenas, para pedirle ayuda y socorro.

«Justa cosa es, varones Atenienses, que los que sin haber hecho algún gran beneficio ni tenido alianza ni amistad provechosa, acuden á sus vecinos para pedirles ayuda, como nosotros ahora venimos, primeramente muestren y den á entender que su demanda es muy útil y provechosa para aquellos mismos á quien la piden, ó á lo menos no dañosa; y tras esto que tengan siempre que agradecerles la merced que se les hiciera. Y si ninguna cosa de éstas no mostraren, manifiéstase á las claras que no hay por qué se deban ensañar si no alcanzan lo que desean.

»Creyendo los Corcirenses que podían firmemente mostraros y probaros todo esto, nos enviaron á requerir vuestra amistad y compañía, sin desconocer que nuestra errónea conducta anterior, viene ahora á ser tan pro-

vechosa para vosotros cuanto para nosotros dañosa: porque no habiendo querido hasta aquí ser amigos ni compañeros en guerra de ningún otro pueblo, venimos ahora á rogaros por hallarnos solos y desamparados en esta guerra contra los Corintios. De donde se infiere que si antes nos parecía prudencia y esfuerzo no queremos exponer á peligro en compañía de otros, ahora nos parezca imprudencia y flaqueza. Nosotros solos por mar vencimos la armada de los Corintios; mas después que con mayor copia de gente de guerra, que sacaron del Peloponeso y de las otras tierras de Grecia, se mueven contra nosotros; viéndonos poco poderosos para poderles resistir con solas nuestras fuerzas, y el gran peligro que corremos si nos sometemos á ellos, de necesidad hemos de demandar vuestra ayuda y la de todos los otros, siendo dignos de perdón si al presente aprobamos lo contrario de aquello que antes dejamos de hacer, no por malicia, sino por error. Pero si queréis escucharnos con atención, esta amistad y alianza que por necesidad os demandamos vendrá á seros muy provechosa por muchas razones. Lo primero, porque dais ayuda á los que son injuriados y no á los que hacen injuria. Lo segundo, porque socorriendo á los que están en gran peligro, empleáis vuestras buenas obras, donde nunca jamás serán olvidadas. Además, teniendo nosotros la mayor armada, después de la vuestra, que en este tiempo se halla, considerad cuán tarde os podrá venir otra ocasión tan buena como la que ahora tenéis entre manos para acabar vuestras empresas próspera y dichosamente; y cuán tarde se os ofrecerá otra más triste y desventurada para vuestros enemigos: que aquel poder nuestro que en otro tiempo compraríais con mucho dinero y ruegos, al presente se os da de grado sin costa ni peligro; juntaménte con esto os trae honra y gloria para con todos, os gana la amistad de aquellos que favorecéis y defendéis, y aumenta vuestras fuerzas y poder. Lo cual todo juntamente á pocos sucede en nuestros tiempos, y pocas veces se ha visto que aquellos

que vienen á pedir ayuda y socorro á otros ofrezcan tanto de su parte como tienen para poderles dar aquellos á quien la piden. Y si alguno piensa que no tendréis otra guerra más que ésta, por lo cual nosotros os podríamos traer poco provecho, este tal se engaña, pues no es dudoso que los Lacedemonios por el miedo que os tienen os moverán guerra; y los Corintios, que pueden mucho con ellos en amistad, y son vuestros enemigos, se anticiparán á ganarnos por amigos para poder después mejor acometeros, y para que por el odio que les tenemos, también como vosotros, no nos podamos ayudar á veces, y ellos no yerren en una de dos cosas: ó en hacerlos mal á vosotros, ó en fortalecerse á sí mismos; por lo cual os conviene adelantaros, y recibiéndonos por amigos y compañeros, pues por tales nos damos, prevenir sus asechanzas y traiciones antes que ellos las prevengan. Y si por ventura alegan no ser justo, que vosotros recibáis en amistad sus colonos y pobladores, sepan que cualquier colonia es obligada á honrar y obedecer á su metrópoli y principal, de quien ha recibido bien y honra; y si ha recibido injuria, entonces apartarse y enajenarse de ella. Porque no se sacan los vecinos á poblar de las ciudades metropolitanas á otras para que sean siervos y esclavos de ellas, sino para que sean semejantes é iguales á los que quedan. Que éstos nos hayan injuriado, está claro y manifiesto; pues siendo citados por nosotros á juicio sobre la ciudad de Epidamnio, quisieron antes tomar las armas que contender por derecho y por justicia. Gran sospecha será para no dejaros engañar ver lo que hacen contra nosotros sus deudos y parientes, para que de mejor gana os apartéis de ellos, y os aliéis á nosotros como os lo rogamos; porque el que no concede á sus enemigos cosa alguna de que se pueda arrepentir después, vive seguro.

»Ni tampoco romperéis las confederaciones con los Lacedemonios por recibirnos en amistad, pues ni somos compañeros de los unos ni de los otros, y en ellas se dice esto: *Si alguna de las ciudades de Grecia no es de las*

compañeras y aliadas, le será lícito pasarse á la parte que quisiere. Ciertamente es cosa grave y fuera de razón que los Corintios puedan armar sus naves con vuestros amigos y confederados, no solamente de las otras tierras de Grecia, pero también de vuestros súbditos y vasallos, y vedaros la amistad y compañía que se os ofrece, y el provecho que con ella recibiréis, y que os culpen, si nos otorgáis lo que os demandamos, y os quieran impedir la amistad que se os ofrece de grado, y buscar vuestro provecho donde quisiereis y pudiereis. Gran motivo de queja tendríamos contra vosotros, si viéndonos ahora en peligro y siendo vosotros amigos nos desdeñaseis; y á éstos que son vuestros enemigos, y os acometen, no los rechazaseis ni se os diese nada que os tomen las fuerzas de vuestras tierras y señoríos, lo cual no deberíais consentir, antes prohibir que ninguno de vuestros súbditos llevase sus soldados, y enviarnos el socorro y ayuda que os pareciese, como también recibimos públicamente por amigos y aliados, lo cual, como dijimos al principio, os proporcionará mucho provecho, y el mayor de todos es que éstos son vuestros enemigos (como está claro y manifiesto) no débiles ni flacos, sino bastantes para hacer mal y daño á los que se les rebelaren, y sabéis muy bien la diferencia que hay de la amistad y alianza que de nuestra parte se os ofrece por ser hombres expertos en la mar, como somos, á la de los contrarios que son de tierra firme y llana, y nunca experimentados en aquella. Ofreciéndoos nuestra armada, no como la de Epiro, si no tal que no hay otra semejante, podéis, si os conviene, no permitir que otro alguno tenga naves de guerra, y si no, á lo menos, tomar por amigos y compañeros aquellos que son más fuertes y poderosos.

»Parecerá á alguno que nuestro consejo es útil y provechoso, pero temerá y sospechará, que si lo sigue romperá la paz y confederación con los amigos, éste tal sepa, que vale más, para poner temor á los contrarios, no confiarse mucho en la confederación y alianza de otros,

antes procurar el aumento de su poder, que no confiados de aquélla, dejarnos de recibir por compañeros y aliados, y quedar por esta vía mas flacos y débiles contra vuestros enemigos, que fuertes y poderosos. Los Corintios, si nos vencen, quedarán seguros, y os tendrán menos temor y miedo que antes. No se trata, pues, solamente del bien y provecho de los de Corcira, sino también de los de Atenas, considerando que esta guerra es prefacio de la que para el tiempo venidero se prepara. Por ello no debéis de dudar de recibirnos en vuestra amistad, pues veis lo que os importa tener esta nuestra ciudad por amiga ó enemiga, considerando la situación de Corcira, de tanta importancia, por estar situada entre Italia y Sicilia, de suerte, que ni desde Italia, si quieren, pueden dejar venir armada al Peloponeso, ni del Peloponeso para Italia, ni para otra parte. Y desde ella pueden seguramente pasar á un cabo y á otro según quieran, además de otros muchos bienes y provechos, que os pueden producir nuestra amistad. Finalmente, por abreviar nuestro discurso, y concluir, para que sepáis que no debéis rehusar nuestra compañía, debéis considerar que hay tres armadas aparejadas muy poderosas; la una es nuestra; la otra vuestra; y la otra de los de Corinto. Pues si menospreciáis y tenéis en poco cualquiera de estas tres, si las dos armadas se juntan en una, y los Corintios nos toman por amigos, forzosamente habréis de tener guerra contra dos partes, á saber: contra los Corcirenses y los Peloponenses. Pero si nos recibís en vuestra compañía, tendréis más naves con las nuestras para poder pelear contra vuestros enemigos.»

Esto fué lo que dijeron los Corcirenses. Y luego tras ellos los Corintios hicieron el razonamiento siguiente:

IV.

Discurso y respuesta de los Corintios al de los Corcirenses pidiendo al Senado de Atenas que prefieran su amistad y alianza á la de los de Corcira.

«Varones Atenienses, pues los Corcirenses han hablado, no solamente de sí mismos, persuadiéndoos que los recibáis en vuestra amistad, sino también de nosotros, diciendo que injustamente, y sin causa comenzamos la guerra: será necesario que ante todas cosas hagamos mención de lo uno y de lo otro: y de esta manera vengamos á lo demás de nuestro razonamiento, para que mejor entendáis nuestra demanda, y con razón rehuséis los provechos que os ofrecen.

»Dicen que por usar de modestia, equidad y diligencia jamás han querido admitir la compañía y alianza de nadie: lo cual ciertamente han hecho por vicio y malicia, y no por virtud ni bondad; por no querer tener compañero ni testigo de sus maldades, de quien siendo reprendidos pudiesen tener vergüenza. El buen sitio de su ciudad que alegan para vuestro provecho, antes les acusa de las injurias y ultrajes que hacen, que no los somete á juicio de razón: porque ellos no salen navegando á otras partes: y de necesidad han de robar á los que allí aportan de otras tierras. Se glorian y honran de no haber querido hacer alianza ni confederación con otro. No lo han hecho por no participar de las injurias ajenas, sino á fin de poder ellos injuriar á otros á solas sin tener quien se lo reprenda, y para donde quiera que prevaleciesen, hacer fuerza y afrenta á los demás, como podrían aislada y ocultamente, y de esta manera lograr más bienes y tener menos vergüenza de sus vellaquerías secretas, que no si fueran de otros sabidas. Porque si ellos son tan buenos

como se nombran, cuanto menos culpables y violentos son para sus prójimos, tanto más deberían mostrar su virtud y bondad en dar y recibir solamente lo que es justicia y razón. No es esto lo que han hecho con otros, ni con nosotros, porque siendo nuestros pobladores, siempre se han apartado de nosotros hasta aquí: y ahora nos hacen guerra diciendo que no los sacamos de nuestra ciudad á ser pobladores en el lugar donde los enviamos para que los maltratásemos; á lo cual respondemos, que tampoco los pusimos allí á morar, para que recibiésemos de ellos injurias y agravios, sino para ser sus superiores, y que nos honrasen y acatasen según razón y como lo hacen las otras poblaciones, cuyos habitantes nos quieren y aman en gran manera. De ello se deduce manifiestamente que si á todos los otros somos agradables y apacibles, sin derecho y sin razón se desagradan y descontentan estos solos de nosotros.

»No sin gran causa y razón, ni pequeñamente injuriados les movimos guerra; y aun cuando en esto hubiéramos errado, fuera bien que dieran lugar á nuestra ira, y nos soportaran, y entonces á nosotros nos fuera cosa torpe y fea, si de igual modo no tuviéramos respeto á su paciencia y modestia, para no hacerles fuerza ni injuria. Mas ahora ensoberbecidos con las riquezas, además de otros muchos yerros y delitos que contra nosotros han cometido, no quisieron venir á socorrer la ciudad de Epidamnio, que es de nuestro señorío, aunque la vieron cercada y apretada de sus enemigos: antes cuando nosotros íbamos á socorrerla la tomaron por fuerza y la tienen.

»En cuanto á lo que dicen que, antes de hacerlo, quisieron apelar á juicio, nada vale su dicho, pues tanto significa, como si teniendo alguno ocupada y detenida la hacienda de otro, quiere después litigar en juicio, sin entregar primero lo usurpado, antes que se lo reclamen por fuerza y contienda. Ellos no lo hicieron antes que pusiesen cerco á la ciudad, sino después que entendieron que nosotros no habíamos de descuidarnos en socorrerla.

Entonces quisieron alegar su derecho y vinieron aquí, no contentos con el mal que allí hicieron, á requeriros que los queráis recibir por amigos y aliados, no tanto para confederación y alianza de la guerra, cuanto para compañía y amparo de las injurias y agravios que hacen siendo nuestros eñemigos. Debieron haber venido antes á esto, cuando estaban salvos y seguros, y no ahora después que nos ven injuriados, y á ellos en peligro; y puesto que no habéis tenido participación en sus violencias durante la paz, no debéis darles ayuda ahora para meteros en guerra. Fuisteis libres de sus yerros, no debéis cargar en parte con su culpa.

»A los que en el tiempo pasado ayudaron con sus fuerzas y poder, deben ahora dar cuenta de sus casos y fortunas; pero vosotros que no fuisteis participantes en sus delitos, menos lo debéis ser de aquí en adelante en sus hechos.

»Ya os hemos declarado la justicia y equidad que usamos con éstos al principio, y las fuerzas y avaricia que para con nosotros tuvieron. Ahora conviene mostraros, que por ninguna vía, ni razón los debéis admitir á vuestra amistad. Porque si, como antes decimos, en los tratados de confederaciones y paz, es lícito á cualquiera de las ciudades, que no son firmantes, ni confederadas, unirse al bando que quisieren, este contrato no se entiende que lo puedan hacer en perjuicio de tercero: antes solamente se entiende de los que tienen necesidad de la ayuda de otros, y la demandan, sin que aquellos á quien la piden se aparten de la alianza y amistad de los otros sus confederados: y no se refiere á los que en lugar de paz, traen guerra contra los amigos de aquellos á quien demandan la tal ayuda, como os ocurrirá, si no creéis nuestro consejo. Porque si decidís ayudar y favorecer á éstos, en lugar de amigos seréis nuestros enemigos, obligándonos, si queréis estar con ellos, á ofenderos al tomar de ellos venganza. Obraréis cuerdamente, y conforme á justicia y razón, si no favorecéis á ninguno: y mucho mejor, si al contrario de lo que éstos piden sois de nues-

tro bando, y amigos y aliados de los Corintios contra estos Corcirenses, que nunca tuvieron treguas firmes con vosotros. No establezcáis nueva ley auxiliando á los rebeldes; pues nosotros, cuando se os rebelaron los Samios, fuimos de contrario parecer de los Peloponenses, que decían convenía socorrer á los Samios, y públicamente lo contradijimos, alegando que á ninguno debía prohibírsele castigar á los suyos cuando errasen. Si recibís y defendéis los malhechores, muchos de los vuestros se pasarán diariamente á nosotros, y por este medio daréis ley, que redunde antes en vuestro daño que en el nuestro.

»Baste lo dicho para informaros de nuestro derecho conforme á las leyes de Grecia. Lo que adelante diremos será como ruego, y para pedir y demandar vuestra gracia. Nada os pedimos como enemigos para dañaros, ni como amigos para usar mal de ello; antes decimos y afirmamos que nos debéis al presente vuestra ayuda, porque antes de la guerra de los Medos, cuando la teníais con los Eginetas, os socorrimos con veinte naves grandes que necesitabais y recibisteis de los Corintios. Y la buena obra que entonces os hicimos; y también porque entonces, por nuestra oposición, los Peloponenses no quisieron ayudar á los Samios, vuestros contrarios, os procuró la victoria contra los Eginetas, y la venganza que tomasteis de los Samios á vuestra voluntad. Esto hicimos á tal tiempo, que los hombres por el gran deseo que tienen de vencer á sus enemigos contra quien van, se descuidan de todo lo demás, y tienen por amigo á cualquiera que les ayuda, aunque antes haya sido su enemigo: y por enemigo á aquel que los contrasta, aunque primero fuese su amigo, dejando de entender en sus cosas propias por la codicia que tienen de vengarse. Recordando vosotros este servicio, y los mancebos trayendo á la memoria lo que oyeron y supieron de los ancianos, razón será que nos paguéis de igual modo. Y si alguno piensa que esto que aquí decimos es justo, pero que habrá otra cosa más provechosa de parte de los contra-

rios si hubiere guerra, éste tal sepa que para su bien y cuanto uno es más justo en cualquier hecho, tanto más provecho se le sigue en adelante. Además que la guerra venidera, con que os ponen temor los Corcirenses para invitaros á ser injustos, está en duda, y no es razón, que por miedo de guerra incierta, cobréis odio y enemistad cierta de los Corintios vuestros amigos. Si imagináis tener guerra por la sospecha que hay de los de Megara: tal imaginación por vuestra prudencia y saber, antes la debéis disminuir que aumentar. Pues cualquiera buena obra postrera, hecha en tiempo y sazón, por pequeña que sea, es bastante para quitar y desatar toda la culpa primera, aunque sea mayor.

»Ni tampoco muevan ni atraigan vuestros corazones por el ofrecimiento que os hacen de grande armada de socorro; pues mayor seguridad es no hacer injuria á los iguales, ni emprender cuestión contra ellos, que no ensoberbecidos con la apariencia de presente, procurar adquirir más de lo vuestro con el daño y peligro que os puede venir de ello en adelante. Asimismo ahora nosotros que estamos en la misma adversidad y fortuna que estábamos cuando pedimos la ayuda de los Lacedemonios, os pedimos y requerimos lo mismo que á ellos, esperando alcanzar de vosotros lo mismo que de ellos alcanzamos, es á saber que sea lícito á cada cual castigar á los suyos. Y que, pues, os ayudamos con nuestro voto contra los vuestros, no nos queráis dañar con el vuestro contra los nuestros, sino que nos paguéis en la misma moneda, sabiendo y conociendo que estamos á tiempo de que quien ayudare será tenido por muy grande amigo, y el que fuere contra nos, por mortal enemigo.

»En conclusión decimos que no queráis recibir estos Corcirenses por amigos y compañeros contra nuestra voluntad, ni socorrer á aquellos que nos han injuriado. Y haciendo esto, cumplís vuestro deber, y ejecutáis lo que conviene á vuestro provecho.»

Con esto acabaron los Corintios su razonamiento.

V.

Los Atenienses se alian á los Corcirenses enviándoles socorro.
Batalla naval de dudoso éxito entre Corintios y Corcirenses.

Después que los Atenienses oyeron á ambas partes, juntaron su consejo por dos veces: en la primera aprobaron las razones de los Corintios, no menos que las de los otros; y en la segunda mudaron de opinión y determinaron hacer alianza con los Corcirenses, no de la manera que ellos pensaban, es á saber, para ser amigos de amigos, y enemigos de enemigos, porque haciendo esto y juntándose con los Corcirenses para ir contra los Corintios, rompieran la confederación ó alianza que tenían con los Peloponenses: sino solamente para ayudar á una parte y á la otra, si alguno les quisiese hacer algún agravio á ellos ó á sus aliados. Porque no haciendo esto, les parecía que tendrían guerra con los Peloponenses: y tampoco querían dejar á Corcira en manos de los Corintios, que tenían tan poderosa armada, sino que pelearán unos con otros para que así se disminuyesen sus fuerzas, y fuesen más débiles: y después si les pareciese tomarían partido en la guerra contra los Corintios, ó contra los otros que tuviesen armada. También juzgaban de gran importancia la situación de la Isla de Corcira entre Italia y Sicilia y por todo esto recibieron por compañeros y aliados á los Corcirenses.

Cuando partieron los embajadores Corintios, les enviaron diez naves de socorro y nombraron capitanes de ellas á Lacedemonio hijo de Cimón, á Diotimo de Ostrombicho, y á Protheas hijo de Epicles: mandándoles que no trabasen batalla por mar con los Corintios, si no los vieran venir navegando derechamente contra Corcira desembarcar, ó tocar en algún lugar de la isla: y que

entonces lo defendiesen con todas sus fuerzas, vedándoles en los demás casos romper la alianza que tenían con los Corintios.

Al llegar las naves de los Atenienses á Corcira, los Corintios aparejaron su armada y navegaron derechamente para Corcira con ciento y cincuenta barcos. De los cuales eran diez de los Elienses: doce de los Megarenses, diez de los Leucadios, veintisiete de los Ambra-cianos, uno de los Anactorios y noventa de los mismos Corintios. Por capitanes de ellos iban los caudillos de estas ciudades, y de los Corintios era capitán Jenoclide hijo de Euticles, con otros cuatro compañeros. Todos estos partieron con buen viento haciendo vela desde el puerto de Leucade, y llegados á tierra firme de Corcira, desembarcaron en el cabo de Chimerio, á la boca del mar, en tierra de Thesprotide, donde está un puerto y encima del puerto una ciudad apartada de la mar é inmediata una laguna llamada Efire, junto á la cual desemboca en la mar la laguna Acherusia, llamada así del río Acheronte, el cual pasando por tierra de Thesprotide entra en aquella laguna y viene á parar en ella; de otra parte viene á entrar en la mar el río Thyannis, que divide la tierra de Thesprodite de la tierra de Cestina, dentro de las cuales está el cabo de Chimerio. En este lugar tomaron tierra los Corintios y allí asentaron su campamento. Al saberlo los Corcirenses, navegaron hacia aquella parte completando su armada hasta ciento diez naves, de las cuales iban por capitanes Miciades, Efimedes y Euribato. Acamparon en una de las islas llamada Sibota. Tenían en su ayuda diez barcos de los Atenienses, y en tierra de Leucine gente de á pie y mil hombres armados de los Jacintios que les enviaron de socorro.

También los Corintios tenían en su ayuda muchos de los bárbaros de la tierra firme; porque los comarcanos de ella siempre les eran amigos. Después que los Corintios prepararon las cosas necesarias para la guerra, y tomaron provisiones para tres días, partieron de noche del cabo de Chimerio para encontrar á los Corcirenses, y na-

vegando por la mañana vieron en alta mar la armada de éstos que les venía al encuentro preparándose para la batalla de una y otra parte. En el ala derecha de los Corcirenses venían las naves de los Atenienses, y en la siniestra los mismos Corcirenses, repartidos en tres órdenes ó hileras de naves con tres capitanes, en cada una el suyo.

De la parte de los Corintios venían á la mano derecha las naves de los Abraciotas, y de los Megarenses; en medio los otros aliados como se hallaron, y á la mano siniestra los mismos Corintios. Después que todos fueron juntos y alzaron señal de ambas partes para combatir, trabaron pelea, en la cual tenían de ambas partes mucha gente que peleaba desde los aparejos y desde encima de las cubiertas, y muchos flecheros y ballesteros que tiraban, mala y rudamente aprestados á la costumbre antigua. La batalla fué ruda, aunque sin arte, ni industria alguna de mar, y muy semejante á batalla de á pie por tierra. Porque después que se mezclaron unos con otros, no se podían fácilmente revolver ni embestir por la multitud de navíos. Cada cual confiaba para la victoria, en la gente de guerra que estaba sobre las cubiertas, porque combatían á pie quedo, sin moverse los barcos, ni poder salir, y peleando más con fuerzas y corazón, que con ciencia y maña, resultando de todas partes gran alboroto y turbación. Las naves de Atenas socorrían pronto á las Corcirenses donde las veían en aprieto poniendo temor á los contrarios, mas no porque ellas comenzasen á trabar pelea, temiendo los capitanes traspasar lo mandado por los Atenienses. El ala ó punta derecha de los Corintios estaba muy trabajada, porque los Corcirenses con veinte naves les habían puesto en huída, y las siguieron desbaratadas hasta la tierra firme, donde tenían su campo, saltando en tierra, quemando las tiendas, y robando el campamento. De aquella parte, pues, fueron vencidos los Corintios y sus compañeros. Mas los Corintios que estaban en el ala, ó punta siniestra llevaban de vencida á sus contrarios, por estar aque-

llas veinte naves de los Corcirenses ausentes, y ocupadas en perseguir á los otros como antes dijimos. Cuando los Atenenses vieron así apurados á los Corcirenses abiertamente y sin más disimulo acudieron á socorrerles. Primero vinieron despacio, deteniéndose porque no pareciese que iban á acometer, mas como vieron á la clara huir á los Corcirenses y que los Corintios los seguían, cada cual metió manos en la obra sin diferenciarse, y así la necesidad compelió á quedar solos en el combate los Corintios y los Atenenses.

Después que los Corintios hicieron huir á sus contrarios, no curaron de atar á sus navíos los marineros de las naves que habían echado á fondo de los enemigos, ni de las que les habían tomado, para llevarlas consigo á Ornyo, sino que desviándolos, y alcazándolos, procuraban matarlos antes que tomarlos por cautivos. Y haciendo esto, mataban muchos de sus amigos que encontraban en el camino en naves suyas que habían sido desbaratadas pensando que fuesen enemigos, y no sabiendo que los suyos fuesen vencidos en el ala derecha. Porque como era grande el número de navíos de una parte y de otra, todos griegos, y ocupaban mucho trecho de mar, después de mezclados los unos con los otros, no se podía fácilmente conocer quiénes eran los vencidos ni los vencedores.

En verdad, fué esta la mayor batalla de mar de Griegos contra Griegos que hasta el día de hoy fué vista ni oída, y donde mayor número de barcos se juntaron.

Después que los Corintios hubieron seguido á los Corcirenses hasta la tierra, volvieron á recoger los despojos de sus naufragios, y los navíos destrozados, y los muertos y heridos, que eran en gran número: los que llevaron al puerto de Sybota, donde el ejército de los bárbaros que estaba en tierra había venido en su ayuda. Es Sybota un puerto desierto en la region de Thesprotide. Hecho esto los Corintios volvieron á juntarse é hicieron vela hacia Corcira: viendo lo cual los Corcirenses les siguieron con las naves que les habían quedado.

sanas y estaban para poder navegar, y juntamente con ellos las de Atenas, temiendo que los Corintios desembarcaran en su tierra. Ya era avanzado del día y comenzaban á cantar el Pean y cántico acostumbrado en loor de su dios Apolo (1), cuando los Corintios de repente, viendo venir de lejos veinte naves Atenienses, volvieron las proas á las suyas. Estas veinte naves enviaban los Atenienses de refresco en ayuda de los Corcirenses, temiendo lo que ocurrió, que si los Corcirenses eran vencidos, las diez naves que primero habían enviado en su socorro, fuesen pocas para defenderlos y socorrerlos. Al ver estas naves los Corintios, y sospechando que además llegasen otras muchas volvieron las proas y comenzaron á retirarse; de lo cual los Corcirenses, que no habían visto el socorro que les venía, se maravillaron, hasta que algunos, viéndolas, dijeron aquellas naves hacia nosotros vienen, y entonces también ellos se ausentaron. Ya comenzaba á obscurecer cuando los Corintios se retiraron, apartándose así los unos de los otros en aquella batalla que duró hasta la noche.

Los Corcirenses tenían su campo en Leucine cuando las veinte naves de los Atenienses fueron vistas, de las cuales venían por capitanes Glaucos, hijo de Leagro, y Andocídes, hijo de Leogoro, y poco después llegaron á Leucine, pasando por encima de los muertos y de los navíos destrozados y hundidos. Los Corcirenses, porque era de noche oscura y no les conocían, recelábanse que fuesen de los enemigos; mas después que los reconocieron, pusiéronse muy alegres. Al día siguiente las treinta naves de los Atenienses con las que habían quedado sanas de los Corcirenses y podían navegar, salieron de este puerto de Leucine, y vinieron á velas desplegadas al puerto de Cybota, donde estaban los Corintios para ver si querían volver á la batalla. Mas los Corintios, cuando los vieron venir, levantaron áncoras y alzaron

(1) Antes de las batallas cantaban un pæan en honor del dios Marte, y otro después del combate en honor de Apolo.

velas, salieron del puerto en orden, fueron á alta mar, y allí estuvieron quedos sin querer trabar pelea, viendo las naves, que habían venido de refresco de los Atenienses, sanas y enteras; que las suyas estaban maltratadas y empeoradas de la batalla del día anterior; que tenían bien en que entender, en guardar los prisioneros que llevaban cautivos en las naves, y que no podían encontrar lo necesario para rehacer sus naves en el puerto de Sybota, donde estaban, por ser lugar estéril y desierto. Pensaban, pues, cómo podrían partir de allí y navegar en salvo para volver á su tierra, temiéndose que los Atenienses les habían de estorbar la partida, so color de que habían roto la paz y alianza al acometerles el día anterior. Parecióles buen consejo enviar algunos de los suyos en un barco mercante sin faraute ni trompeta á los Atenienses para que espiasen y tentasen lo que determinaban hacer; los cuales en nombre de los Corintios les dijeron lo siguiente:

«Grande injuria y sin razón nos hacéis, varones Atenienses, en comenzar contra nosotros la guerra, rompiendo la paz y alianza que teníamos, queriendo estorbar que castigemos á los nuestros, y para ello tomando las armas contra nosotros. Si os parece bien todavía impedirnos que naveguemos hacia Corcira ó hacia otra parte donde nos pluguiere, y quebrantar la confederación y alianza declarándoos enemigos nuestros: comenzad primero en nosotros, y prendednos, y usad de nosotros como de enemigos.» Al acabar de decir esto los Corintios, todos los del ejército de los Corcirenses, que lo oyeron, comenzaron á dar voces diciendo que los prendiesen y matasen. Mas tomando la mano los Atenienses, les respondieron de esta manera: «Ni nosotros comenzamos la guerra, varones Corintios, ni menos rompimos la paz y alianza que teníamos con vosotros, antes venimos aquí por ayudar y socorrer á estos Corcirenses, que son nuestros amigos y compañeros: por tanto, si queréis navegar para otra cualquier parte, navegad mucho en buen hora; mas si navegáis hacia Corcira, ó ha-

cia otro cualquier lugar de su tierra para hacerles mal y daño, sabed que os lo hemos de estorbar con todas nuestras fuerzas y poder.

Oída esta respuesta por los Corintios, se aprestaron para partir de allí y navegar hacia su tierra. Empero, antes de su partida levantaron trofeo en señal de victoria en tierra firme de Sybota. Y después de partidos ellos, los Corcirenses recogieron sus náufragos y los muertos que el viento de la marea había la noche anterior lanzado á orilla de la mar, y que abordaban á tierra de todas partes: y asimismo levantaron trofeo en señal de victoria en la misma isla de Sybota, frontero de aquél de los Corintios, pareciéndoles á cada cual de las partes pretender la victoria por esta vía: los Corintios porque habían sido dueños de la mar hasta la noche, porque habían recogido muchos náufragos de los navíos hundidos y muchos muertos de los suyos (1), y tenían muchos prisioneros y cautivos de los contrarios, que en número pasaban de mil, y habían echado á fondo cerca de setenta naves de los enemigos, levantaron trofeo. Los Corcirenses porque habían destrozado cerca de treinta naves de los enemigos; porque cuando los Atenienses venían ya ellos habían recogido sus náufragos y trozos de naves, y los muertos como los contrarios, y también porque el día anterior los Corintios volvieron las proas y se retiraron cuando vieron venir de refresco las naves Atenienses, y no osaron acometerlas á la salida de Sybota, levantaron igualmente trofeo.

De esta manera ambas partes se atribuían la victoria.

(1) Después de las batallas, los vencidos trataban con los victoriosos pidiéndoles permiso para recoger sus muertos. La demanda de este permiso era la confesión de la derrota pues se reconocía no poderlos recoger por fuerza, sino por tratado ó convenio, mientras los vencedores recogían los suyos sin necesidad de trato alguno. Esta costumbre la cita Tucídides con frecuencia. En el caso presente los Corintios y los Corcirenses recogieron sus muertos sin necesidad de tratado y por eso unos y otros se atribuían la victoria.

Los Corintios, á la vuelta, tomaron por engaño la villa y el puerto de Anactorio, que está á la boca del golfo de Ambracia, el cual era común de ellos y de los Corcirenses: y puesta en él gente de guarnición de los Corintios, volvieron á su tierra, donde, al llegar, vendieron por esclavos cerca de ochocientos prisioneros de los Corcirenses, y detuvieron en prisiones con mucha guarda cerca de doscientos cincuenta, con esperanza de que por medio de éstos recobrarían la ciudad de Corcira, porque la mayor parte de los prisioneros eran de los principales de la ciudad.

Este fué el fin de la primera guerra entre los Corintios y los Corcirenses, después de la cual los Corintios volvieron á sus casas como queda dicho.

VI.

Querellas entre Atenieses y Corintios, por cuya causa se reunieron todos los Peloponenses en Lacedemonia para tratar de la guerra contra los Atenieses.

La guerra referida fué el primer fundamento y causa de la que después ocurrió entre los Corintios y los Atenieses, porque los Atenieses habían promovido la guerra contra sus compañeros y aliados los Corintios en favor de los Corcirenses. Después sobrevinieron otras causas y diferencias entre los Atenieses y Peloponenses para hacerse guerra los unos á los otros, que fueron éstas. Los Atenieses, sospechando que los Corintios tramaban como vengarse de ellos, fueron á la ciudad de Potide que está asentada en el estrecho de Palene, que es una de las colonias ó poblaciones de los mismos Corintios, y por esto sujeta y tributaria á ellos: mandaron á los moradores que derrocasen su muralla que caía á la parte de Palene; además, que les diesen rehe-

nes para estar más seguros, que echasen de la ciudad los gobernadores y ministros de justicia que los Corintios les enviaban cada año y que en adelante no los admitiesen; lo cual hacían por temer, que siendo solicitados los Potidenses de Perdicas, hijo de Alejandro, rey de Macedonia, y también de los Corintios, á su instancia se rebelasen contra ellos, y también rebelaran á sus compañeros y aliados que moraban en Tracia. Este acto de guerra hicieron los Atenienses en Potide después de la batalla naval de Corcira, porque los Corintios claramente mostraban su enemistad á los Atenienses, y también Perdicas, aunque antes era su amigo y aliado, se convirtió en enemigo por haber hecho los Atenienses amistad y alianza con Filipo su hermano, y con Dordias, que de consuno le hacían guerra. Por temor de esta alianza Perdicas envió embajada á los Lacedemonios, se confederó con ellos é hizo tanto que les indujo á que declarasen la guerra á los Atenienses. Además se confederó con los Corintios para atraer á su propósito á la ciudad de Potidea, y tuvo tratos é inteligencias con los Calcidenses que habitaban en Tracia, y también con los Beocios para que se rebelasen contra los Atenienses, pensando que con la ayuda de éstos (si podía ganar su amistad) fácilmente harían la guerra á los Atenienses.

Sabiendo esto los de Atenas, y queriendo prevenir la rebelión de sus ciudadanos, enviaron á la tierra de éstos treinta barcos con mil hombres de guerra y por capitán á Arcestrato, hijo de Licómedes, con otros diez capitanes, sus compañeros, mandando á los capitanes de las naves que tomasen rehenes de los Potidenses, les derrocasen la muralla, y pusiesen buena guarda en las ciudades comarcanas para que no se rebelasen. Los Potidenses enviaron su mensaje á los Atenienses para ver si les podían persuadir que no intentasen novedad alguna, y por otra parte enviaron á Lacedemonia juntamente con los Corintios para tratar con ellos que les diesen socorro y ayuda si la necesitasen. Mas cuando vieron que no

podían alcanzar cosa buena de lo que les convenía de los Atenienses, antes en su presencia enviaron las treinta naves á Macedonia contra Perdicas y contra ellos, confiados en la ayuda de los Lacedemonios, los cuales prometieron que si los Atenienses venían contra Potidea, ellos entrarían en tierra de Atenas, y viendo ocasión para ello se rebelaron juntamente con los Calcidenses y Beocios, y aliándose contra los Atenienses.

También Perdicas persuadió á los Calcidenses que dejasen las ciudades marítimas y las derrocasen, porque no se podían defender, y que se viniesen á habitar la ciudad de Olinto que estaba más dentro de la tierra y fortificasen esta sola, y á los demás que dejaban sus tierras les dió la ciudad de Migdonia, que está cerca del lago de Bolbe, para que la habitaran mientras durase la guerra con los Atenienses.

Cuando los que venían en las treinta naves de los Atenienses llegaron á Tracia y entendieron que Potidea y las otras ciudades se habían levantado, pensando los capitanes que no serían bastantes las fuerzas y poder que tenían para hacer la guerra á Perdicas y á las otras ciudades que se habían rebelado, se dirigieron á Macedonia, donde primeramente habían sido enviados y allí se encontraron con Filipo y con su hermano Derdas, que descendían con su ejército de las montañas.

Entretanto los Corintios, viendo rebelada la ciudad de Potidea, y que las naves de Atenas habían llegado á Macedonia, temiendo que les viniese algún mal á los de Potidea, que ya se habían declarado contra los Atenienses, y sabiendo que ya el peligro era propio, enviaron para su defensa mil seiscientos hombres de á pie armados de todas armas, así de los suyos aventureros, como de los otros Peleponenses afiliados por sueldo, y cuatrocientos armados á la ligera, y por capitán de ellos á Aristeo, hijo de Adimanto, al cual voluntariamente se le habían unido muchos guerreros de Corinto por amistad y porque era muy querido de los Potidenses. Estos llegaron á Tracia setenta días después de la rebelión

de la ciudad de Potidea. Entre estas cosas supieron los Atenenses que aquellas ciudades se les habían rebelado, y al saber esto y la gente que había ido con Aristeo de los contrarios, enviaron también ellos dos mil hombres de á pie, y cuarenta barcos, y por capitán á Callia hijo de Calliade, con otros cuatro compañeros, los cuales al llegar á Macedonia hallaron que los mil suyos primeramente enviados, habían ya tomado la ciudad de Thermas, y tenían cercada á Pidna: y unidos á ellos mantuvieron el cerco, mas porque convenía ir á Potidea, sabiendo que ya Aristeo había llegado allí, viéronse obligados á hacer tratos y conciertos con Perdicas, partieron de Macedonia y vinieron al puerto de Berrea, é intentaron tomar la villa por mar, pero al ver que no podían salir con su empresa, volviéronse y caminaron por tierra derechos á Potidea, llevando consigo cerca de tres mil hombres de pelea sin otros muchos de los aliados más de seiscientos de á caballo de los Macedones, que estaban con Filipo y Pausanias, y cerca de setenta barcos que iban costeano poco trecho delante de ellos. Al tercer día llegaron á la villa de Grigone, donde asentaron su campo.

Los Potidenses y los Peloponenses que estaban con Aristeo esperando la venida de los Atenenses, salieron de la ciudad y pusieron su real junto á Olinto, que está sobre el estrecho, y fuera de la ciudad hacían su mercado y todos de acuerdo eligieron por capitán de la gente de á pie á Aristeo, y de los de á caballo á Perdicas, que cuando volvió á rebelarse contra los Atenenses, se pasó á los Potidenses enviándoles gente de socorro, y por capitán á Iolao en su lugar. Aristeo era de opinión de esperar con el ejército que tenía en el estrecho á los Atenenses si le acometiesen, y que los Calcidenses, con los otros compañeros de guerra y los doscientos caballos de Perdicas, se estuviesen quedos en Olinto, para que cuando los Atenenses viniesen contra ellos, salieran de lado y por la espalda en su socorro, y cogieran en medio a los enemigos. Mas Callias, caudillo de los Atenenses, y los

otros capitanes sus compañeros, enviaron á los Macedones de á caballo, y algunos de á pie de los aliados, á la vuelta de Olinto para estorbar que los que estaban dentro de la ciudad saliesen á socorrer á los suyos, y luego ellos levantaron su campo y vinieron derechos á Potidea. Cuando llegaron al estrecho y vieron que los contrarios se disponían para la batalla, también ordenaron sus haces y á poco se encontraron unos con otros y trabaron muy ruda batalla, en la cual Aristeo y los Corintios que con él estaban en una ala con los otros guerreros desbarataron un escuadrón de los enemigos que con ellos peleaba, y lo siguieron bien lejos al alcance. Empero la otra ala de los Potidenses y de los Peloponenses fué vencida por los Atenenses y puesta en huída y seguida hasta la muralla. Volvía Aristeo de perseguir á los enemigos, cuando vió lo restante de su ejército vencido, y dudó á cuál de las dos partes acudiría en aquel peligro, á socorrer á Olinto ó á Potidea. Al fin le pareció buen consejo recoger la gente que consigo traía y meterse de pronto en Potidea, porque era el lugar más cercano para retirarse, y por una punta de la mar que hería en los muros de la ciudad, entre unas rocas que había por reparos se metieron con gran daño y peligro que recibían de las flechas y otros tiros de los contrarios; por lo cual algunos fueron muertos y heridos, aunque pocos, y los más entraron salvos.

Habían salido para venir á socorrer á Potidea los que estaban dentro de Olinto, porque como la ciudad estuviere asentada en alto, cerca de sesenta estadios apartada de Potidea, podíase ver bien á las claras desde ella el lugar de la batalla, y donde habían levantado las enseñas. Mas los caballos Macedones le salieron al encuentro para impedirselo. Cuando los de Olinto vieron que los Atenenses habían alcanzado la victoria y levantado sus banderas, volvieron á meterse dentro de la ciudad, y los caballos Macedones se unieron á los Atenenses.

Después de esta batalla los Atenenses levantaron trofeo en señal de victoria, y entregaron á los Poti-

denses sus muertos según derecho y costumbre. Fueron muertos de los Potidenses y de sus compañeros y aliados, pocos menos de trescientos, y de los atenienses ciento cincuenta, y entre ellos Callias su capitán.

Pasado esto, los Atenienses hicieron un fuerte en la ciudad de Potidea en la parte del estrecho, y pusieron en él guarnición, mas no se atrevieron á pasar á la otra parte de la ciudad, hacia Palene, que confina con la ciudad de Potidea, aunque ésta no estaba cercada, ni fortalecida por aquella parte, porque no eran bastantes para mantener dos cercos y defender el estrecho, contra los que quisieran pasar de Palene, y temían que, si se repartían, les acometerían los de la ciudad por ambas partes. Sabido por los de Atenas que los suyos habían cercado á Potidea, empero que no habían fortalecido la parte de Palene, á los pocos días enviaron mil quinientos hombres armados de todas armas, y por capitán á Formion hijo de Isopo, el cual partió de Apitea para venir hacia Palene por tierra, y fué poco á poco derecho á Potidea, robando y destruyendo por el camino los lugares. Como vió que ninguno le salía al encuentro para pelear, fortaleció á Palene, y así fué Potidea cercada por ambas partes y combatida fuertemente por mar y por tierra. Sitiada la ciudad y no viendo Aristeo ninguna esperanza de poderla salvar ni defender, si no le venía socorro del Peloponeso, ó de otra parte, parecióle buen consejo, con algún buen viento que podrían esperar en este medio enviar toda su armada, con toda la gente que estaba dentro, y dejar allí solos quinientos hombres de guardia, de los cuales él quería ser uno, para que les bastasen las provisiones que tenían dentro y pudiesen sostener el cerco más tiempo. Mas como no pudiese persuadir á los suyos, salióse una noche sin ser sentido de las guardias Atenienses, para dar orden en lo que era menester y proveer todo lo de fuera, y así partió para los Calcidenses, con cuya ayuda causó mucho daño en tierras de Atenas y entre otros males el de atacar la ciudad de Sermile, y poniendo una celada delante de ella matar

muchos de los ciudadanos que salieron contra él. Trató además con los Peloponenses que enviasen socorro á Potidea. Entretanto Formion, después que hubo fortalecido la ciudad de Potidea por todas partes con los mil y seiscientos hombres de guerra que tenía, recorrió la tierra de Calcide y de Beocia y en ellas tomó muchos lugares.

Estas fueron las causas de las enemistades y guerras que ocurrieron entre los Atenienses y Peloponenses. Los Corintios se quejaban de que los Atenienses habían combatido la ciudad de Potidea, que era de su población, y maltratado á ellos y á los Peloponenses que estaban dentro; y los Atenienses de que los Peloponenses habían hecho rebelar contra ellos á los Potidenses que eran sus aliados y tributarios, y les habían dado socorro y ayuda contra ellos. No era todavía la guerra contra todos los Peloponenses en general, pero ya se indicaba, y particularmente la hacían los Corintios, los cuales, cuando estaba cercada la ciudad de Potidea, temiendo la pérdida de ella y de los suyos que estaban dentro, no cesaban de invitar á las otras ciudades sus compañeras y aliadas á que viniesen á Lacedemonia y se quejasen de los Atenienses que habían roto la paz y alianza é injuriado á todos los confederados Peloponenses. Los Eginetas no osaban quejarse públicamente de los Atenienses por el miedo que les tenían; empero secretamente excitaban la guerra contra ellos, diciendo que no podían gozar de su derecho, ni de su libertad como se les había prometido por el tratado de paz.

Los Lacedemonios mandaron llamar á todos los confederados, y aliados y á cualquiera que fuese injuriado por los Atenienses ó tuviese alguna queja de ellos, y que dijera sus causas y razones públicamente, según era costumbre. Y como cada cual de los confederados saliese con sus quejas y acusaciones, los Megarenses también alegaron muchos agravios que habían recibido de los Atenienses, y entre otros, que les vedaban los puertos y los mercados públicos en todo el señorío de Atenas, lo cual era contra el tratado de paz y alianza. Después de

todos vinieron los Corintios, porque de industria habían dejado á los otros que se quejasen primero y para encender más á los Lacedemonios contra los Atenenses hicieron el razonamiento siguiente:

VII.

Discurso y proposición de los Corintios, contra los Atenenses en el Senado de los Lacedemonios.

»La fe y lealtad que guardais en público y en particular entre vosotros varones Lacedemonios, es causa de que si nosotros alguna cosa decimos contra los otros, no nos creáis; y por la misma razón sucede que, siendo vosotros justos y modestos, y muy ajenos de haceros injuria unos á otros, usáis de imprudencia y poca cordura en los negocios de fuera, porque pensáis que todos son como vosotros virtuosos y buenos (1). Así pues habiendo nosotros muchas veces dicho y predicado que los Atenenses nos venían á oprimir y hacer mal y daño, jamás nos habéis querido creer, antes pensabais que os lo decíamos por causa de las diferencias y enemistades particulares que con ellos teníamos, y por esto no habéis llamado, ni juntado vuestros aliados y compañeros antes de que re-

(1) Es opinión general que los Lacedemonios amaban la guerra y buscaban ocasión de combatir, pero Tucídides que debía conocerlos bien y cuya veracidad no es sospechosa, da de ellos muy diferente idea, presentándolos como el pueblo de Grecia más cauto para comprometerse en expediciones belicasas, el que más temía las consecuencias y el que menos confianza tenía en sus propias fuerzas. El retrato comparado de Lacedemonios y Atenenses que aquí presenta demuestra que los Atenenses amigos de las ciencias y las artes eran audaces y emprendedores y los Lacedemonios, que solo sabían hacer la guerra, tímidos é indecisos.

cibiésemos la injuria y daño pasado, sino ya después que la recibimos y fuimos ultrajados. Por tanto, conviene que en presencia de vuestros mismos confederados usemos de tantas más razones cuantas más quejas tenemos de los Atenieses que nos han injuriado y de vosotros que lo habéis disimulado y consentido sin hacer caso de ello.

»Y si no fuesen conocidos y manifiestos á todos, aquellos que hacen males é injurias á toda la Grecia, sería necesario que lo mostrásemos y enseñásemos á los que no lo saben. Mas ahora, ¿á qué hablar más de esto? Veis á los unos perdida su libertad y puestos en servidumbre por los Atenieses, y á los otros espiados, forjándoles asechanzas, mayormente á aquellos que son vuestros aliados y confederados, á los cuales mucho tiempo antes han procurado atraer para poderse servir y aprovechar de ellos en tiempo de guerra contra nosotros si por ventura se la hicieramos. Ciertamente no con otro fin nos tienen ahora tomada á Corcira por fuerza, y cercada la ciudad de Potidea, pues Corcira proveía á los Peloponenses de muchos navíos, y Potidea era lugar muy á propósito para conservar la provincia de Tracia. La culpa de todo esto sin duda la tenéis vosotros, porque al principio, cuando se acabó la guerra de los Medos, les permitisteis reparar su ciudad, y después ensancharla y aumentarla de gente, y fortificarla con grandes murallas, y sucesivamente, desde aquel tiempo hasta el día presente, habéis sufrido que ellos hayan privado de su libertad y puesto en servidumbre, no solamente á sus aliados y confederados, pero también á los nuestros. Aunque podemos decir con verdad que esto vosotros lo habéis hecho, pues se entiende que hace el mal quien lo permite hacer á otro, si lo puede impedir y estorbar buenamente, con mayor motivo vosotros que os preciáis de ser defensores de la libertad de toda Grecia. Aun ahora, con gran pena, habéis querido juntarnos aquí en consejo, y ni aun queréis tener por ciertas las cosas que son á todos notorias y manifiestas,

siendo más conveniente á vosotros pensar cómo nos vengaréis de las injurias y agravios que nos han hecho, que no considerar y poner en consulta si hemos sido injuriados ó no. Si los Atenenses no hacen el mal de una vez, sino poco á poco, es porque piensan que así no lo sentiréis, y lo podrán hacer impunemente por la tardanza y descuido que ven en vosotros. Por eso se nos atreven; pero mucho más se atreverán cuando vieren que lo sentís y no hacéis caso.

»Ahora bien, Lacedemonios; vosotros solos de todos los Griegos estáis quietos, y en ocio, y en reposo, no queriendo vengar la violencia con la fuerza sino con tardanza; ni resistir las violencia de vuestros enemigos cuando comienzan y son sencillas, sino cuando ya están firmes y dobladas. Y diciendo que estáis seguros, tenéis más fuertes las palabras que las obras. Esta costumbre no la tenéis ahora de nuevo, pues bien sabemos que los Medos que venían del fin del mundo entraron en el Peloponeso, antes que vosotros les salierais al encuentro como vuestra honra y dignidad requerían. Ahora no hacéis caso de los Atenenses que no están lejos de vosotros como los Medos, sino vecinos y cercanos. Y tenéis por mejor resistirles cuando os vengan á acometer que acometerles primero; poniéndoos en peligro de pelear con aquéllos cuando sean más fuertes y poderosos que eran antes; sabiendo de cierto que la victoria que alcanzamos contra aquellos bárbaros Medos fué en gran parte por falta de ellos, á causa de su adversa fortuna, y asimismo que si los Atenenses, en la guerra que tuvieron contra nosotros, fueron vencidos, antes fué por sus yerros que no por nuestra valentía. Y también os debéis acordar que muchos de los nuestros por confiar en vuestro favor y ayuda, fueron oprimidos y destruidos. No penséis que decimos esto por odio y enemistad que tengamos á los Atenenses, sino antes por la queja que de vosotros tenemos; porque la queja es de amigos á amigos que no hacen su deber como amigos; y la acusación es de enemigos contra enemigos, cuando los han injuriado. Y

ciertamente si algunos hay en el mundo que os puedan echar en cara no haberles ayudado ni defendido, y que con razón se puedan quejar de sus amigos y prójimos, nosotros somos: pues contendiendo sobre cosas de tanta importancia, ni parece que lo sentís, ni consideráis con qué gentes tengamos diferencias, es á saber, con los Atenienses, que siempre fueron vuestros adversarios, amigos de novedades, muy agudos para inventar los medios de las cosas en su pensamiento, y más diligentes para ejecutar las ya pensadas y ponerlas en obra. Y en cuanto á lo que vosotros toca, estando contentos de conservar lo que tenéis de presente, no pensáis emprender cosa de nuevo. Y aun para poner en ejecución las cosas necesarias sois negligentes, por lo que ellos vienen á tener más osadía que sus fuerzas requieren; se exponen á más peligro que nadie puede pensar, y en las grandes y difíciles empresas tienen siempre buena esperanza.

»Mas vosotros tenéis menos corazón para emprender las cosas que fuerzas y poder para ejecutarlas. De aquí viene que en las empresas donde no hay peligro, desconfiáis de vuestros pareceres y ponéis dificultad, y pensáis que nunca habéis de salir de trabajos. Además ellos son diligentes contra vosotros; por el contrario, vosotros perezosos; ellos andan siempre peregrinando fuera de su tierra, vosotros os estáis sentados en vuestras casas: que peregrinando ganan, y adquieren con su ausencia; y vosotros si salís fuera de vuestra tierra, os parece que lo que dejáis en ella queda perdido. Ellos cuando han vencido á sus enemigos pasan adelante, y prosiguen la victoria, y cuando son vencidos no desmayan ni pierden un quilate de su corazón.

»En las cosas que tocan al bien de la república usan de sus propios pareceres y consejos, y aventuran sus cuerpos como si fuesen de los más extraños del mundo. Y si no salen con lo que emprendieron en su pensamiento, piensan que lo pierden de su propia hacienda. Todo lo que han adquirido por fuerzas de armas lo tienen

en poco, en comparación de aquello que piensan adquirir. Si intentan alguna cosa, y no salen con ella como esperaban, procuran reparar la pérdida con otra nueva ganancia. Ellos solos porque son diligentes ponen en obra lo que determinan. Y entre trabajos y peligros afanan toda la vida, sin gozar mucho tiempo de lo que han ganado, con codicia de adquirir más. Tienen por fiesta el día en que hacen aquello que les cumple (1), y por cierto que el descanso sin provecho es más dañoso á la persona, que el trabajo sin descanso. De manera que por abreviar razones, si alguno dijese que por su natural son de tal condición que ni reposan, ni dejan reposar á los otros, acertaría en lo que dijese. Teniendo una ciudad como ésta por vuestra contraria y enemiga, decid, varones Lacedemonios, ¿por qué tardáis pensando que tales hombres estarán ociosos y quedos? No faltándoles recursos, no dejarán de emprender cualquier negocio. Cuando son injuriados resisten á sus contrarios sin dar á nadie ventaja. Así también vosotros obraréis con justicia é igualdad, si no hicieréis mal ó daño á otro, ni permitiereis que otros os le hagan, lo cual apenas podréis alcanzar teniendo por vecina á otra ciudad tan poderosa como la vuestra. Queréis ahora, según arriba declaramos, ejercitar las costumbres antiguas contra los Atenieses, siendo necesario tener respeto á las cosas recientes y modernas como se usa en cualquier arte. Porque así como á la ciudad que tiene quietud y seguridad, le conviene no mudar las leyes y costumbres anti-

(1) Esta es una ironía contra los Lacedemonios que no hacían guerra en días festivos, siendo en este punto tan supersticiosos como los judíos. También tenían una ley que les prohibía salir á campaña fuera del plenilunio y con ella se excusaron, cuando los Atenieses les enviaron diputados implorando su socorro en la primera invasión de los Persas, pues esperando obstinadamente el plenilunio, no llegaron, sino al día siguiente de la batalla de Maraton á tiempo solo de felicitar á los vencedores sobre el campo de batalla. (Herodoto LVI, cap. 106 y 120.)

guas, así también á la ciudad que es apremiada y maltratada de otras, le cumple inventar é imaginar cosas nuevas para defenderse; y ésta es la causa por que los Atenienses, á causa de la mucha experiencia que tienen, procuran siempre novedades.

»Por tanto, varones Lacedemonios, dad fin á vuestra tardanza, y socorred á vuestros amigos y aliados, mayormente á los Potidenses; entrad con toda brevedad en tierra de Atenas, no permitáis á vuestros amigos y parientes venir á manos de sus mortales enemigos, y que nosotros de pura desesperación vayamos á buscar otra amistad y compañía, dejando la vuestra, en lo cual no haremos cosa injusta ni contra los dioses, por quien juramos, ni contra los hombres que nos escuchan. Porque no quebrantan la fe y alianza aquellos que por ser desamparados de los suyos se pasan á otros, antes la quebrantan los que no socorren ni ayudan á sus amigos y confederados. Y si nos diereis esta ayuda y socorro que estáis obligados á dar, perseveraremos en la fe y lealtad que os debemos, pues si hiciésemos lo contrario, seríamos malos y perversos, y no podríamos hallar otros más favorables que vosotros. Consultad sobre todo esto, celebrad vuestro consejo, y haced de manera que no se pueda decir de vosotros que regís y gobernáis la tierra del Peloponeso con menos honra y reputación que vuestros padres y antepasados os la entregaron.»

De esta manera acabaron sus razonamientos los Corintios.

VIII.

Discurso de los embajadores Atenienses en el Senado de los Lacedemonios defendiendo su causa.

Estaban á la sazón en Lacedemonia los embajadores de los Atenienses que habían ido allí primero por otros

negocios, y al oír la demanda de los Corintios, parecióles que convenía á su honra defender su causa y hablar á los del Senado de Lacedemonia, no para responder á las querellas y acusaciones de los Corintios contra los Atenenses, sino por mostrar en general á los Lacedemonios que no deberían tomar determinación sin que primero pensaran y consideraran bien la cosa: para darles á entender las fuerzas y poder de su ciudad, y por traer á la memoria á los ancianos lo que ya habían sabido y entendido, y á los mancebos aquello de que aun no tenían experiencia; pensando que cuando los Lacedemonios hubiesen oído sus razones, se inclinarían más á la paz y sosiego, que no á comenzar la guerra. Por tanto, llegados ante el Senado dijeron que querían hablar en público, si les daban audiencia. Los Lacedemonios les mandaron que entrasen, y los embajadores hablaron de esta manera:

«No hemos venido como embajadores, para tener contienda con nuestros amigos y aliados: antes como bien sabéis vosotros, varones Lacedemonios, nuestra ciudad nos envió á tratar otros negocios de la república. Pero oyendo las grandes querellas de las otras ciudades contra la nuestra, nos presentamos á vuestra presencia, no para responder á sus demandas y acusaciones, pues vosotros no sois nuestros jueces, ni suyos, sino para que no deis crédito de plano á lo que os dicen contra nosotros, ni procedáis de ligero en asunto de tanta importancia á determinar otra cosa de lo que conviene. También porque os queremos dar cuenta y razón de nuestros hechos: que aquello que tenemos y poseemos al presente, lo hemos adquirido justamente y con derecho: y que asimismo nuestra ciudad es digna y merecedora de que se haga gran caso y estima de ella. No es menester aquí contaros los hechos antiguos, de que puede ser testigo la fama para los que los oyeron aunque no los viesen.

»Solamente hablaremos de lo que aconteció en la guerra de los Medos: y lo que sabéis muy bien vosotros todos, que aunque sea molesto, y enojoso repetirlo, es neces-

rio decirlo. Y si lo que entonces hicimos con tanto daño nuestro, exponiéndonos á todo peligro, redundó en el provecho común de toda Grecia, de que también á vosotros cupo buena parte, ¿por qué hemos de ser privados de nuestra honra? Lo cual es bien que se diga, no tanto para responder á la acusación de éstos, y justificar nuestra intención, cuanto para testificaros y mostraros claramente contra qué ciudad movéis contienda, si no usáis de buen consejo. Decimos, pues, en cuanto á lo primero que en la batalla de los campos Marathonios, solos nosotros pusimos en peligro nuestras vidas contra los bárbaros. Y cuando volvieron la segunda vez no siendo bastantes nuestras fuerzas por tierra, los acometimos por mar, y los vencimos con nuestra armada junto á Salamina. Esta victoria les estorbó que pasasen adelante y destruyesen toda vuestra tierra del Peloponeso, pues las ciudades de ella no eran bastantes para defenderse contra tan gran armada como la suya. De esto puede dar buen testimonio el mismo rey de los bárbaros, que vencido por nosotros, y conociendo que no volvería á reunir tan gran poder, partió apresuradamente con la mayor parte de su ejército. Viéndose claramente en esto, que las fuerzas y el hecho de toda Grecia consistían en la armada naval: socorrimos con tres cosas, las más útiles y provechosas que podían ser, á saber, con gran número de naves, con un capitán sabio y valeroso, y con los ánimos osados y determinados de muy buenos soldados; porque teníamos cerca de cuatrocientos barcos que eran las dos terceras partes de la armada de Grecia, el capitán fué Temistocles, el principal autor del consejo de que la batalla se diese en lugar estrecho: y esto sin duda fué causa de la salvación de toda Grecia. Por eso vosotros le hicisteis más honra que á ninguno otro de los extranjeros que á vuestra tierra vinieron. El ánimo y corazón osado y determinado, bien claramente lo mostramos, pues viendo que no teníamos socorro ninguno por tierra, y que los enemigos habían ganado y conquistado todas las otras gentes hasta llegar á nosotros, decidimos abandonar nues-

tra ciudad, y dejamos destruir nuestras casas y perder nuestras haciendas, no para desamparar á nuestros amigos y aliados, ó para acudir á diversas partes (que haciéndolo así no les podíamos aprovechar en cosa alguna), sino para meternos en la mar y exponernos á todo riesgo y peligro, sin cuidarnos del enojo que teníamos con vosotros, y con razón, porque no habíais venido en nuestra ayuda antes. Por tanto, podemos decir con verdad, que tenemos bien merecido de vosotros por el bien que entonces os proporcionamos, lo que ahora pedimos. Porque vosotros estando en vuestras villas pobladas, teniendo vuestras casas y haciendas y vuestros hijos y mujeres, por temor de perderlos vinistes en nuestro auxilio, no tanto por nuestra causa, cuanto por la vuestra, y después que os visteis en salvo, no curasteis más de ayudarnos, mientras nosotros dejando nuestra ciudad, que ya no se parecía á la que antes era, por socorrer la vuestra, con alguna pequeña esperanza nos expusimos á peligro, y salvamos á vosotros y á nosotros juntamente. Pues de someternos al rey de los Medos, como hicieron en otras tierras, por temor de ser destruídos, ó si después que dejamos nuestra ciudad no osáramos meternos en mar, sino que como gente ya perdida y sin remedio nos retiráramos á lugares seguros, no fuera menester (pues no teníamos los barcos necesarios), que les diéramos la batalla por mar, sino que consintiéramos á los enemigos que, sin pelear, hicieran lo que quisiesen.

»Así, pues, nos parece varones Lacedemonios, que por aquella nuestra animosidad y prudencia somos merecedores de tener el señorío que al presente poseemos: del cual no les debe pesar, ni deben tener envidia los Griegos, pues no le tomamos, ni ocupamos por fuerza ni tiranía, sino porque vosotros no osasteis esperar á los bárbaros enemigos, ni perseguirlos: y también porque nos vinieron á rogar nuestros amigos y aliados que fuésemos sus caudillos, y los amparásemos y defendiésemos.

»El mismo hecho nos obligó á conservar y acrecentar

nuestro señorío desde entonces hasta ahora. Primeramente por el temor y después por nuestra honra: y al fin y á la postre por nuestro provecho. Así, pues, viendo la envidia que muchas gentes nos tienen: y que algunos de nuestros súbditos y aliados, que antes habíamos castigado, se han levantado y rebelado contra nosotros, y también que vosotros no os mostráis al presente tan amigos nuestros como antes, sino recelosos y muy diferentes, no nos parece atinado que ahora por aflojar de nuestro propósito, corriésemos peligro: porque aquellos que se nos rebelaran, se pasarían á vosotros. Por tanto á todos les debe parecer bien, que cuando uno se ve en peligro, procure mirar por su provecho, y salvación. Y aunque vosotros los Lacedemonios regis y gobernáis á vuestro provecho las ciudades y villas que tenéis en toda la tierra del Peloponeso: si hubierais continuado en vuestro mando y señorío desde la guerra de los Medos como nosotros, no pareceríais menos odiosos y pesados que nosotros lo parecemos á nuestros súbditos y aliados; y os veríais forzados á una de dos cosas, ó á ser notados de muy ásperos, y rigurosos en el mando y gobernación de vuestros súbditos, ó á poner en peligro vuestro estado.

»Ninguna cosa hicimos de que os debáis maravillar, ni menos ajena de la costumbre de los hombres, si aceptamos el mando y señorío que nos fué dado, y no le queremos dejar ahora por tres grandes causas que á ello nos mueven, es á saber, por la honra, por el temor, y por el provecho: además nosotros no fuimos los primeros en ejercerlo, que siempre fué y se vió que el menor obedezca al mayor, y el más flaco al más fuerte. Nosotros, por el consiguiente, somos dignos y merecedores de ello, y lo podemos hacer así, según nuestro parecer, y aun según el vuestro, si queréis medir el provecho con la justicia y la razón. Nadie antepuso jamás la razón al provecho de tal modo que, ofreciéndosele alguna buena ocasión de adquirir, y poseer algo más por sus fuerzas, lo dejase. Y dignos de loa son aquellos que, usando de

humanidad natural, son más justos y benignos en mandar y dominar á los que están en su poder, como nosotros hacemos. Por lo cual pensamos que si nuestro mando y señorío pasara á manos de otros, conocerían claramente los que de nosotros se quejan nuestra modestia y mansedumbre, aunque por esta nuestra bondad y humanidad antes se nos deshonra que se nos alaba, cosa ciertamente indigna y fuera de toda razón. Usamos las mismas leyes en las causas y contratos con nuestros súbditos y aliados, que con nosotros mismos: y porque litigamos con ellos, pudiendo ser jueces, nos tienen por reboltosos y amigos de pleitos. Ninguno de ellos considera que no hay gente en el mundo que más humana y benignamente trate á sus súbditos y aliados que nosotros: y no les censuran ser pleiteantes como á nosotros; porque siéndoles lícito usar de fuerza con ellos, no han menester procesos, ni litigios, ni contiendas. Pero nuestros aliados por estar acostumbrados á tratar con nosotros igualmente por justicia si los enojan en cosa alguna por pequeña que sea de hecho, ó de palabra, por razón del señorío, donde á su parecer les quitan algo, no dan gracias porque no les quitaron más, cuando lo pudieran quitar de lo que no es suyo: antes les pesa tanto por lo poco que les falta, como si nunca les tratáramos conforme á derecho y justicia, sino claramente por avaricia y por robos. En tales casos no debían atreverse á murmurar ni á contradecirnos, pues no conviene que el inferior se desmande contra su superior.

»Vemos, pues, evidentemente, que los hombres más razón tienen de enojarse cuando les hacen injuria que cuando les tratan por fuerza, porque al injuriarles se entiende que hay igualdad de justicia de ambas partes, más cuando interviene fuerza, bien se ve que hay superior que la hace por su voluntad. De aquí que nuestros súbditos cuando estaban sujetos á los Medos sufrían con paciencia su yugo por duro que fuese, y ahora nuestro mando les parece más áspero, lo cual no es de maravillar, porque los súbditos siempre tienen por pe-

sado cualquier yugo presente. Aun vosotros mismos si por ventura los hubierais vencido y dominado, el amor y bienquerencia que habríais adquirido de ellos, por miedo que os tuviesen lo convertirían en odio y malquerencia contra vosotros, sobre todo si observarais igual conducta que en aquel poco tiempo que fuisteis caudillos de los Griegos en la guerra contra los Medos, no aplicando vuestras leyes y costumbres á ninguna otra región, ni usando cualquier capitán vuestro que sale de su tierra las mismas costumbres que antes, ni las que usa el resto de Grecia.

»Tened, pues, varones Lacedemonios maduro consejo, y consultad muy bien primero estas cosas, que son de tanta importancia, no escojáis trabajo para vosotros por dar crédito de ligero á los pareceres y acusaciones de los otros. Antes de comenzar la guerra pensad cuán grande es y de cuanta importancia: y los daños y peligros que os pueden seguir, porque en una larga guerra hay muchas fortunas y azares de que al presente estamos libres unos y otros, y no sabemos cuál de las dos partes peligrará. Ciertamente los hombres muy codiciosos de declarar la guerra, hacen primero lo que deberían hacer á la postre, trastornando el orden de la razón, porque comienzan por la ejecución y por la fuerza, que ha de ser lo último y posterior á haberlo muy bien pensado y considerado: y cuando les sobreviene algún desastre se acogen á la razón. Ni estamos en este caso ni os vemos en él. Por tanto, os decimos y amonestamos, que mientras la elección del buen consejo está en vuestra mano y en la nuestra, no rompáis las alianzas y confederaciones, ni traspaséis los juramentos, antes averigüemos y determinemos nuestras diferencias por justicia, según el tratado y convención que hay entre nosotros. De otra manera tomamos á los dioses, por quien juramos, por testigos, que trabajaremos, y procuraremos vengarnos de los que comenzaren la guerra, y fueren autores de ella.»

Con esto los Atenenses acabaron su discurso.